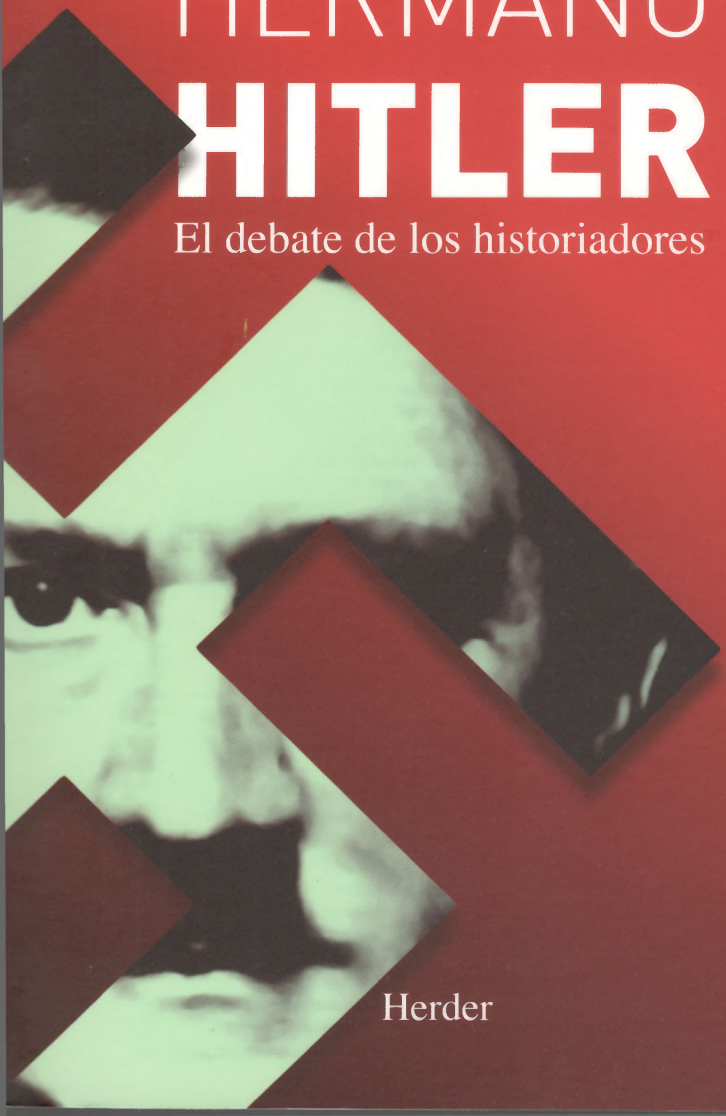
JÜRGEN HABERMAS
ERICH NOLTE
THOMAS MANN

HERMANO HITLER

El debate de los historiadores



Herder

Hermano Hitler
El debate de los historiadores

JÜRGEN HABERMAS
ERICH NOLTE
THOMAS MANN

Hermano Hitler

El debate de los historiadores

Herder

Títulos originales: *Thomas Mann, Bruder Hitler*
Jürgen Habermas, Eine Art Schadensabwicklung, Kleine Politische Schriften VI, 1987. Vom oeffentlichen Gebrauch der Geschichte, Die postnationale Konstellation, 1998.
Ernst Nolte, Vergangenheit, die nicht vergehen will, en: Frankfurter Allgemeine Zeitung, 6 de junio de 1986; Die Sache auf den Kopf gestellt, en: Die Zeit, 31 de octubre de 1986.

Traductor: Victor Manuel Herrera

Diseño de cubierta: Claudio Bado/somosene.com
Correción de estilo: Areli Montes Suárez
Formación electrónica: Centro de Desarrollo Editorial Titikach

Esta obra se terminó de imprimir y encuadernar
en 2012 en los talleres de Tipográfica, S.A. de C.V.
tipografica@gmail.com

© 1953, 1995, S.Fischer Verlage GMBH, Frankfurt am Main
(Thomas Mann)
© 1987, 1998, Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main
(Jürgen Habermas)
© 1986, Ernst Nolte
© 2011, Editorial Herder, S. de R.L. de C.V.
Calle Tehuantepec 50
Colonia Roma Sur
C.P. 06760 México, D.F.

Le agradecemos a la Editorial Suhrkamp y a Ernst Nolte por habernos cedido los derechos de sus textos para esta edición.

ISBN: 978-607-7727-20-0

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Herder
www.herder.com.mx

ÍNDICE

El Hermano Hitler 9

Ernst Nolte 19
El pasado que se niega a pasar

Ernst Nolte 31
El arte de invertir las cosas
Contra el nacionalismo negativo
en la historiografía

Jürgen Habermas 43
Del uso público de la historia
La eclosión del autoconcepto oficial
de la República Federal Alemana

Jürgen Habermas 61
Una gestión de daños
Las tendencias apologéticas
en la historiografía alemana

EL HERMANO HITLER

Si fuera posible olvidar a las dolorosas víctimas que causa incesantemente el alma fatal de este individuo, si se pudiera relegar la enorme devastación moral que de él dimana, acaso no sería tan difícil admitir que el fenómeno de esa vida puede resultar seductor. Es inevitable hacerlo, pues nadie está exento de ocuparse de su turbia figura debido al carácter vulgarmente efectista y amplificador de la política; del oficio que le dio por elegir, como es bien sabido, tan sólo a falta de aptitudes para desempeñar cualquier otro. Tanto peor para nosotros, y tanto más ignominioso para la indefensa Europa de nuestros días que, seducida, le tolera el papel de hombre de la hora, del imbatible; y gracias a la confluencia de circunstancias fabulosamente felices –es decir: infelices–, pues por casualidad no hay agua que no corra en el sentido de su molino, puede marchar, una tras otra, de una victoria sobre la nada –sobre la perfecta ausencia de resistencia– a la siguiente.

Ya el admitirlo, el reconocer los meros hechos infames, se aproxima a una penitencia moral. Para ello hay que forzarse a uno mismo, y además, se corre el riesgo de caer en la inmoralidad, porque ya no se da cabal entrada al odio que se debe exigir de todo aquel que se

preocupe por el destino de la civilidad. El odio. Puedo afirmar en mis adentros que a mí no me falta. Con toda honestidad, le deseo a este incidente público un hundimiento abominable, de ser posible cuanto antes; pero, vista su acreditada cautela, sin duda peco de optimismo. Y sin embargo, siento que no son mis mejores horas las que paso odiando a esa pobre, siniestra, criatura. Quisieran parecerme más dichosos, más oportunos, aquellos momentos en que, sobre el odio, se lleva el triunfo el anhelo de libertad, de pensamiento sin cortapisas, con una sola palabra: el anhelo de ironía; la que hace ya tiempo que he llegado a concebir como elemento esencial de cualquier arte o creatividad del espíritu. El amor y el odio son grandes afectos; pero por lo general se rebaja precisamente al rango de afecto aquel comportamiento en el que ambos se reúnen de la manera más peculiar, es decir, en el interés. Y con ello se rebaja igualmente su moralidad. Constituye el interés un instinto autodisciplinado, lo constituyen los enfoques humorístico-ascéticos de reconocimiento, de identificación, de profesión de solidaridad, que yo estimo moralmente superiores al odio.

El tipo es un desastre; pero eso no basta para no juzgarlo interesante como carácter y destino. La manera en que las circunstancias han dispuesto que se vinculase el más abismal de los resentimientos, el purulento revanchismo del inútil, del impresentable, del diez veces fracasado, del perezoso sin remedio, del eterno asilado haragán, del artista de barrio rechazado, del bueno para nada de los pies a la cabeza con los (mucho menos justificados) complejos de inferioridad de un pueblo vencido, que no sabe reaccionar acertadamente a la derrota y ya no es capaz de pensar sino en la reparación de su

"honra". La manera en que este hombre –que nada estudió ni aprendió, y que no estudió ni aprendió nada por mera soberbia vaga y testaruda, que nada sabe de lo que saben los hombres: montar a caballo, conducir automóviles o aviones, que ni siquiera puede tener hijos– fue capaz de desarrollar justo lo que se requería para establecer el vínculo necesario: una elocuencia indescriptiblemente ramplona, pero de virulencia masiva; la herramienta histérica y teatral con que hurga en las heridas del pueblo, conmoviéndolo con la proclamación de su grandeza agraviada, anestesiándolo con promesas y transformando sus dolencias anímicas en vehículo de esplendor, de ascenso a cumbres de ensueño, a un poder ilimitado, a satisfacciones y más que satisfacciones colosales... tan alta es la gloria y espantosa la santidad, que todo aquel que alguna vez hubiera faltado al insignificante, al anodino, al incomprendido, se convierte en hijo de la muerte –y, por cierto, de la muerte más terrible y humillante–, en un hijo del infierno. La manera en que va desbordando la esfera nacional para invadir la europea, en que aprende a aplicar en un marco más amplio las mismas ficciones, mentiras histéricas y hechicerías narcotizantes que lo auparon al mando en Alemania; la manera en que despliega su habilidad para explotar el quebranto y las perentorias angustias del continente, para chantajear su miedo a la guerra y pasar por encima de los gobiernos, irritando a los pueblos y granjeándose las simpatías de muchos, atrayéndolos a su causa; la manera en que la fortuna le sonríe, en que los muros se desploman silenciosos a su paso; la manera en que el melancólico holgazán de ayer –que se metió en la política por amor a la patria, hasta donde

él sabe– parece estar a punto de poner de rodillas a Europa o –sabrá Dios– acaso al mundo entero: todo ello, sin lugar a la menor duda, constituye un fenómeno único, un fenómeno turbador y nunca visto en estas dimensiones; resulta, pues, inevitable profesarle una cierta, asqueada, admiración.

En todo esto se pueden distinguir algunos rasgos de los cuentos infantiles, si bien caricaturizados (los motivos de la caricatura y la ruina desempeñan un papel importante en la vida europea de nuestros días): el tema de Juan de Hierro que acaba por desposar a la princesa y apropiarse del reino entero; el del "Patito feo" que se revela al final de la historia como un cisne hermoso; el de la "Bella durmiente" –la magia del fuego de Brunhilda se ha convertido en un rosal– que despierta con una sonrisa bajo el beso del héroe Sigfrido: "¡Alemania, despierta!" Suena detestable, pero así es. Y habría que agregar "El judío en las espinas"... y tantos elementos más del espíritu folclórico mezclado con una patología perversa. Todo es wagneriano en fase de caricaturización; hace ya tiempo que se sabe, y se conoce la devoción –si bien justificada, en cierto modo inadmisible– del milagrero político por el taumaturgo artístico de Europa, a quien todavía Gottfried Keller llamaba "peluquero y charlatán".

Los artistas... Ya he hablado de penitencia moral, y sin embargo, quiérase o no: ¿no habría que percibir en este fenómeno una variante del artista? De una determinada –execrable– manera, nada le falta: la "pesadez", la modorra y la lamentable vaguedad de lo prematuro, el carácter de inclasificable, ese "¿qué-es-lo-que-en-el-fondo-quieres?", el vegetar mostrenco en la más pedestre

bohemia social y anímica, el rechazo –en el fondo, soberbio; en el fondo, envanecido– de cualquier actividad razonable y respetable. ¿Y todo ello en razón de qué? En razón del presentimiento obtuso de estar predestinado a un fin totalmente indefinible que, si se pudiera nombrar, bastaría con hacerlo para que todo el mundo soltara una carcajada. Y hay que añadir la mala conciencia, el sentimiento de culpa, la rabia contra el mundo, el instinto revolucionario, la acumulación inconsciente de explosivos deseos compensatorios, la tozuda urgencia de justificarse, de probar algo, el ansia de imponerse, de someter: el sueño de ver alguna vez al mundo –desvanecido de miedo, amor, admiración y vergüenza– a los pies del maltratado de antaño... A partir de la vehemencia del producto resulta poco aconsejable sacar conclusiones sobre las dimensiones o la profundidad de la dignidad latente y secreta que tuvo que padecer en el oprobio del estado larvario, o sobre el ímpetu descomunal de un subconsciente capaz de fabricar "creaciones" de un estilo tan molesto y cargante. El fresco, el gran estilo histórico, no depende al fin y al cabo de la persona, sino del medio y el ámbito de acción: de la política o demagogia que, de forma estridente y mortífera, se ocupa de los pueblos y los vastos destinos humanos y cuya grandiosidad exterior nada prueba de la índole extraordinaria del caso psíquico, de la talla personal de ese histérico manipulador. Pero también están presentes la insaciabilidad de los instintos de compensación y autoglorificación, la inquietud, la insatisfacción perpetua, el olvido de los éxitos y su veloz desgaste para el aplomo personal, el vacío y el tedio, la sensación de nonada tan pronto acaban las faenas y ya no se puede mantener al

mundo en vilo, la compulsión insomne de tener-que-probarse-una-y-otra-vez...

Un hermano... Un hermano sin duda incómodo e infamante; nos saca de nuestras casillas, es un parentesco harto enojoso. Y sin embargo, no quisiera cerrar los ojos ante su existencia, ya que –me repito– mejor, más sincero, más sereno y productivo que el odio es el reconocerse en él, la disposición a fundirse con el odioso, aunque ésta implique el riesgo moral de olvidar cómo se dice "no". Yo no le tengo miedo a ello; y, por lo demás, la moral, en tanto perjudique la espontaneidad e inocencia de la vida, no es necesariamente asunto del artista. Y es también una experiencia alentadora, no sólo vejatoria, el que en cualquier momento –pese al cúmulo de conocimientos, a la ilustración, al análisis, a todos los progresos del saber sobre el hombre– todo siga siendo posible en la Tierra en lo que atañe al efecto, el acontecer y las más asombrosas proyecciones del inconsciente en la realidad; y no digamos ahora, en el proceso de primitivización al que la Europa de hoy se ha entregado consciente y voluntariamente (por supuesto, esta conciencia y esta voluntad, la dolosa afrenta contra el espíritu y el nivel que éste de hecho ha alcanzado constituyen una objeción contra la primitividad). No cabe la menor duda de que el primitivismo, en su insolente autoapología contra la época y el nivel de civilidad, la primitividad como "cosmovisión" –por más que esta cosmovisión se contemple como correctivo y contrapeso de un "intelectualismo" estéril– es una desfachatez, es justamente lo que el Antiguo Testamento llama un "horror" y una "locura"; y también el artista, en su calidad de partidario irónico de la vida, no puede por menos que apartarse con las tripas revueltas

de una regresión tan soez y embustera. No hace mucho he visto en una película la danza ritual de unos isleños de Bali que culminaba en el trance absoluto y los terribles espasmos de los muchachos exhaustos. ¿Cuál es la diferencia entre este tipo de usos y lo que se produce en los mítines políticos europeos? No la hay o, mejor dicho, aún queda una: la diferencia entre el exotismo y la repugnancia.

Yo aún era muy joven cuando propuse, en "Fiorenza", que el fanatismo social-religioso del monje –que proclamaba "el milagro del renacimiento de la naturalidad"– tirase por la borda el imperio de la belleza y de la cultura. "Muerte en Venecia" no habla poco de mi rechazo al psicologismo de la época, de una nueva resolución y simplificación del alma, a la que, por descontado, hice encontrar un fin trágico. Yo estaba en contacto con las inclinaciones y ambiciones de los tiempos que corrían, con aquello que quería y habría de suceder, con las tendencias que veinte años después se convertirían en el clamor de la calle. ¿A quién puede extrañarle que ya no quisiera saber nada de ellas cuando cayeron en el estercolero político, cuando empezaron a desfogarse a un nivel que espanta a cualquiera, salvo a los catedráticos enamorados del primitivismo y a los lacayos literarios del odio al intelecto? Este fárrago no puede más que estropear el respeto a las fuentes de la vida. No queda más que odiarlo. ¿Pero qué puede obrar este odio contra quien opone el excedente del inconsciente al espíritu y el conocimiento? ¡Cuánto debe odiar el análisis un hombre como éste! Tengo la tácita sospecha de que la rabia con que organizó el ataque a cierta capital europea estaba destinada en el fondo al viejo analista que ahí

radicaba, a su verdadero y auténtico enemigo: el filósofo que desenmascaró la neurosis, el gran desmitificador, el conocedor y revelador del concepto del "genio".

Me pregunto si las concepciones supersticiosas que solían rodear al concepto de "genio" siguen siendo tan fuertes como para impedirnos llamar genio a nuestro "amigo". ¿Y por qué no, si así lo prefiere? El hombre intelectual persigue las verdades que duelen casi con el mismo afán que el asno busca las que lo halagan. Si la demencia en combinación con la sensatez hacen el genio (¡y ésta *es* una definición!), entonces este sujeto es un genio: y uno acepta con desenfado este reconocimiento porque el genio es una categoría, no una clase o un rango, porque se manifiesta en las más diversas jerarquías intelectuales y humanas, pero aun en las más despreciables muestra características y efectos que justifican la denominación general. No me interesa discutir si la historia de la humanidad ha presenciado en alguna otra ocasión un caso similar –como éste que ahora presenciamos contritos– de bajeza moral e intelectual asociada con el magnetismo de quien se suele llamar "genio". En cualquier caso, me opongo a que un caso semejante nos altere la idea del genio, el prodigio del gran hombre que –si bien casi siempre ha representado un fenómeno estético y tan sólo pocas veces uno moral– al rebasar los límites de la humanidad, le producía a ésta una convulsión que, pese a todo lo que había que soportarle, era una convulsión de felicidad. Hay que observar las diferencias, pues son inconmensurables. Me resulta insufrible oír comentar hoy por hoy: "Ahora ya lo sabemos, ¡Napoleón no era más que un villano!"; esto equivale en verdad a vender el burro para comprar la albarda. Se

debe rechazar como un absurdo el que se los mencione a renglón seguido: al gran estratega junto con el gran cobarde y pacifista del chantaje, cuyo protagonismo no pasaría del primer día en una guerra con todas las de la ley. Aquel ser que Hegel llamó el "espíritu universal a caballo", el formidable cerebro que todo lo dominaba, la más ingente capacidad de trabajo, la encarnación de la revolución, el tiránico libertador cuya efigie quedará para siempre grabada en la mente de la humanidad como arquetipo del clasisismo mediterráneo... al lado del mustio gandul, del auténtico zángano y "soñador" de quinta fila, del necio enemigo de la revolución social, del hipócrita sádico e indecente revanchista con "temple"... Ya he hablado de la caricaturización europea; y en efecto, nuestra época ha logrado caricaturizar tantas cosas: lo nacional, el socialismo, el mito, la filosofía de la vida, lo irracional, la fe, la juventud, la revolución y tantos etcéteras. Pero asimismo nos ha aportado la caricaturización del gran hombre. Tenemos que resignarnos a nuestra suerte histórica, a conocer al genio en este nivel de sus posibles manifestaciones.

Pero la solidaridad y el reconocimiento son expresión del autodesprecio de un arte que, a fin de cuentas, no quisiera ser tomado en serio. Me gusta creer, es más, no me cabe duda de que se está fraguando un futuro en el que el arte sin control intelectual, el arte a modo de magia negra y de engendro instintivo ayuno de raciocinio, será repudiado en la misma medida en que las eras humanamente débiles, como la nuestra, le pagan tributo de admiración. El arte, por descontado, no consiste tan sólo en luces y espíritu, pero tampoco es únicamente la opaca gelatina y el aborto ciego del

submundo telúrico, no es sólo "vida". Con mayor claridad y mejor fortuna que hasta la fecha, el arte se reconocerá y manifestará en el futuro en forma de magia clara: como una mediación, ágil-hermética-lunar, entre el espíritu y la vida. Pero la mediación es ya espíritu en sí misma.

ERNST NOLTE

El pasado que se niega a pasar
Un discurso que fue escrito, pero nunca pudo ser pronunciado

Con el "pasado que se niega a pasar", uno tan sólo puede referirse al pasado nacionalsocialista de los alemanes o de Alemania. El tema implica la tesis de que normalmente todo pasado pasa y de que este no pasar supone algo totalmente excepcional. Por otra parte, el pasar habitual del pasado no puede concebirse como un mero desaparecer. La época del primer Napoleón, por ejemplo, vuelve a hacerse presente una y otra vez en los trabajos históricos, al igual que la era clásica de Augusto. Pero estos pasados obviamente han perdido el elemento apremiante que tenían para sus contemporáneos. Y es justo por ello que pueden dejarse en manos de los historiadores. El pasado nacionalsocialista, en cambio –según destacaba recientemente Hermann Lübbe–, no da muestras de estar sometido a ese desaparecer, a ese proceso de desvanecimiento, parece tornarse cada vez más vivo e intenso, pero no como un modelo, sino como una estantigua, como un pasado que se establece incluso como presente o pende sobre éste a modo de espada justiciera.

Hay buenas razones para ello. Cuanto más claro es el desarrollo de la República Federal Alemana y en general de la sociedad occidental hacia una "sociedad del bienestar", tanto más extraña se vuelve la imagen del Tercer Reich, con su ideología del sacrificio guerrero, la máxima de "cañones en vez de mantequilla" o las citas de las Eddas, como "nuestra muerte será una fiesta", que escandían a gritos los coros en las festividades infantiles. Hoy por hoy, todo el mundo es de ideología pacifista, pero, no obstante, no puede contemplar desde una distancia segura el belicismo de los nacionalsocialistas, porque sabe que las dos superpotencias invierten año tras año muchos más fondos en armamento que los que Hitler gastó entre 1933 y 1939. Esto produce una profunda inseguridad que prefiere acusar al enemigo en el ámbito de las cosas claras que en la confusión del presente.

Algo semejante se puede afirmar del feminismo: durante el nacionalsocialismo, el "machismo" se mostraba aún colmado de un aplomo provocador; en el presente, en cambio, tiende a negarse u ocultarse: el nacionalsocialismo es, por tanto, el enemigo actual en sus últimas manifestaciones palpables. Las pretensiones de Hitler de "dominar el mundo" tienen que aparecer mucho más feroces, cuanto más claro queda que la República Federal a lo sumo puede desempeñar el papel de un Estado de envergadura mediana en la política internacional. Y sin embargo, ni aún así se le concede el carácter de "inofensiva", y en no pocos sitios sigue vivo el temor de que, si bien no puede ser ya la causa, sí que puede convertirse en el punto de partida de una Tercera Guerra Mundial. Más que

ninguna otra cosa, el recuerdo de la "solución final" es lo que ha contribuido a que no pase el pasado, ya que la monstruosidad del exterminio industrial de varios millones de personas tiene que antojarse aún más inconcebible al tener en cuenta que la República Federal, gracias a su legislación, se suma cada vez más a la avanzada de los países humanitarios. Pero incluso en este punto sobreviven las dudas, y un gran número de extranjeros, al igual que tantos alemanes, creían y siguen creyendo muy poco en la identidad del "pays légal" y el "pays réel".

¿Pero ha sido en verdad tan sólo la testarudez del "pays réel" tabernario, la que se ha resistido a ese no pasar del pasado y ha exigido un "punto final" para que el pasado alemán ya no sea esencialmente distinto a otros pasados?

¿No entrañan muchos argumentos y preguntas un núcleo de verdad que erige a la vez un muro contra la exigencia de seguir "discutiendo" interminablemente el nacionalsocialismo? Voy a presentar algunos de estos argumentos o preguntas, para después elaborar un concepto de aquella "falta", que –en mi opinión– constituye el elemento decisivo, y acotar aquella "discusión" que se encuentra tan alejada de un "punto final" como de la tan citada "superación".

Precisamente quienes más hablan –y en el peor de los tonos– de los "intereses", no admiten la cuestión de si en ese no pasar del pasado también ha habido o sigue habiendo intereses en juego; por ejemplo los intereses de una nueva generación enfrascada en la antigua lucha contra "los padres", o bien los intereses de los perseguidos y sus descendientes por conservar un estatus permanente de distinciones y privilegios.

El discurso de la "culpa alemana" pasa alegremente por alto su semejanza con el discurso de la "culpa judía", que fue uno de los principales argumentos de los nacionalsocialistas. Todas las inculpaciones contra "los alemanes", provenientes de alemanes, carecen de sinceridad, ya que los acusadores no se incluyen a sí mismos, o al grupo que representan, y en el fondo tan sólo pretenden dar un golpe definitivo.

La atención que se concentra en la "solución final" distrae de importantes realidades de la era nacionalsocialista, como por ejemplo la aniquilación de la "vida indigna de ser vivida" o el tratamiento que se dispensaba a los prisioneros de guerra rusos, pero distrae sobre todo de cuestiones significativas del presente, como la categoría biológica de la "vida prenatal" o la existencia del "genocidio", ayer en Vietnam y hoy en Afganistán.

La confrontación de estas dos líneas argumentativas, de las cuales una ocupa el primer plano, aunque no ha logrado imponerse por completo, ha llevado a una situación que podría calificarse de paradójica o también de grotesca.

La declaración precipitada de algún diputado del *bundestag* ante ciertas demandas de un portavoz de organizaciones judías o el lapsus imperdonable de algún político comunal se inflan hasta convertirse en síntomas de "antisemitismo", como si hubiera desaparecido todo recuerdo del genuino antisemitismo de la República de Weimar, que de ningún modo era ya nacionalsocialista. Al mismo tiempo, la televisión puede estar pasando el conmovedor documental "Shoa", de un director judío, que en algunos pasajes muestra la posibilidad de que también los escuadrones de la SS en los campos de exterminio podrían haber sido víctimas a su modo, y que, por otra parte, entre las

víctimas polacas del nacionalsocialismo también había virulentos antisemitas.

Si bien es cierto que la visita del presidente estadounidense al cementerio militar de Bitburg provocó una discusión muy airada, el temor a la acusación de "echar cuentas" y a cualquier tipo de comparación, descartó la simple pregunta de qué significación habría tenido, si en 1953 el entonces canciller alemán se hubiera negado a visitar el cementerio militar de Arlington so pretexto de que allí se encontraban enterradas personas que habían participado en los ataques terroristas contra la población civil alemana.

Para el historiador es ésta precisamente la lamentable consecuencia del "no pasar" del pasado: que las reglas más simples, las que se aplican a cualquier pasado, parecen estar derogadas; a saber, que todo pasado tiene que ser cada vez más reconocible en su entera complejidad, que el contexto en el que estaba inmerso sea cada vez más visible, que las imágenes maniqueas de los combatientes de la época se corrijan y que las antiguas descripciones sean sometidas a revisión.

Pero justamente esta regla se antoja "peligrosa", desde el punto de vista de la "pedagogía nacional", cuando se aplica al Tercer Reich: ¿No podría acaso conducirnos a una justificación de Hitler o cuando menos a una "exculpación de los alemanes"? ¿No surge la posibilidad de que los alemanes se vuelvan a identificar con el Tercer Reich, como ya lo hicieron en su gran mayoría, al menos entre 1935 y 1939, y de que no aprendan la lección que les ha impuesto la historia?

La respuesta puede ser breve y apodíctica: ningún alemán puede desear justificar a Hitler, aunque sólo fuera

por las órdenes de aniquilación que dictó contra el pueblo alemán en marzo de 1945. Y que los alemanes aprendan que la historia no es algo que puedan garantizar los historiadores o los publicistas, sino tan sólo un cambio total de las relaciones de poder y las consecuencias tangibles de dos grandes derrotas. Naturalmente, aún pueden sacar las lecciones equivocadas, pero entonces lo harían por una vía que sin duda sería innovadora y, en cualquier caso, "antifascista".

Es cierto que se han dado esfuerzos para abandonar el plano de la polémica y trazar una imagen más objetiva del Tercer Reich y el *führer*; baste con mencionar los nombres de Joachim Fest y Sebastian Haffner. Ambos se ocupan en primer término del "aspecto intraalemán". En lo que sigue procuro esbozar, con ayuda de algunas preguntas y frases clave, la perspectiva en la que se debería contemplar ese pasado, si es que se desea concederle "igualdad de trato" –un postulado fundamental de la filosofía y de la ciencia histórica–, lo que no supone una equiparación, sino que contribuye más bien a destacar diferencias.

Frases clave esclarecedoras

Max Erwin von Scheubner-Richter, quien posteriormente sería uno de los más estrechos colaboradores de Hitler y, en noviembre de 1923, fue alcanzado por una bala mortal durante la marcha hacia la Feldherrnhalle, se desempeñaba en 1915 como cónsul alemán en Erzerum. Allí fue testigo presencial de las deportaciones de la población armenia que representan el inicio del primer gran

genocidio del siglo XX. No escatimó esfuerzos para enfrentarse a las autoridades turcas, y su biógrafo concluye en 1938 la descripción de aquellos sucesos con estas frases: "¿Pero qué eran unas cuantas personas frente a la voluntad de exterminio de los turcos –que hacían oídos sordos incluso a las más directas advertencias de Berlín–, frente al feroz salvajismo de los kurdos que habían sido azuzados contra ellos, frente a la catástrofe que se consumaba con monstruosa celeridad, en la que un pueblo de Asia se conducía con respecto a otro a la manera asiática, muy lejos de la civilización europea?"

Nadie sabe lo que Scheubner-Richter habría hecho u omitido hacer, si lo hubieran destinado, en lugar de Alfred Rosenberg, como ministro de las zonas ocupadas del Este. Pero muy poco parece indicar que se habría mostrado una diferencia sustancial entre él y Rosenberg o Himmler, o incluso entre él y el propio Hitler. Entonces es menester preguntarse: ¿Qué es lo que pudo llevar a varones, que habían percibido el genocidio, con el que entraron en contacto cercano, como un hecho "asiático", a desatar ellos mismos un genocidio de una naturaleza aún más sanguinaria? Existen frases clave esclarecedoras. Una de ellas es la siguiente:

Cuando, el 1 de febrero de 1943, Hitler recibió la noticia de la capitulación del Sexto Ejército en Stalingrado, adelantó, al discutir la situación, que algunos de los oficiales hechos prisioneros colaborarían con la propaganda soviética: "Ustedes tienen que imaginarse que se llevan a este hombre (el oficial) a Moscú; y figúrense ahora la 'jaula de ratas'. Comprenderán que va a firmar cualquier cosa. Va a confesar todo, a hacer llamamientos..."

Los comentadores aclaran que la "jaula de ratas" se refería a Lubyanka. Yo no estoy de acuerdo.

En "1984", de George Orwell, se describe cómo la Policía Secreta del "Gran Hermano" obliga al protagonista Winston Smith, tras prolongadas torturas, a acabar negando a su comprometida y, con ello, a renunciar a la dignidad humana. Colocan enfrente de su cabeza una jaula con una rata enloquecida por el hambre. El interrogador amenaza con abrir la puerta de la jaula, y en ese momento Winston claudica. Esta historia no es una invención de Orwell, la podemos encontrar en numerosos pasajes de la literatura antibolchevique sobre la guerra civil rusa, entre otros, en el socialista Melgunov, al que se considera una fuente de fiar. El método se atribuye a la "checa china".

El Archipiélago Gulag y Ausschwitz

Una carencia notoria en la bibliografía sobre el nacionalsocialismo es que no registra, o se niega a registrar, la medida en que, cuanto hicieron posteriormente los nacionalsocialistas, con la sola excepción del procedimiento técnico del gaseado, ya había sido descrito en la abundante bibliografía que se produjo a principios de los años veinte: las deportaciones y ejecuciones masivas, las torturas, los campos de concentración, la aniquilación de grupos humanos enteros con arreglo a criterios meramente objetivos, la exhortación pública a la liquidación de millones de personas inocentes, pero que se consideraban "enemigos".

Es probable que muchos de aquellos informes fueran exagerados. Lo que es seguro es que también el "terror blanco" cometió actos espeluznantes, aunque en su marco de acción no podía haber algo semejante a la proclamada "aniquilación de la burguesía". Pero aún así, las siguientes preguntas deben parecer admisibles, si no inevitables: ¿No habrán cometido los nacionalsocialistas –no habrá cometido Hitler– un acto "asiático" tan sólo porque se veían a ellos mismos y a sus semejantes como víctimas potenciales de un acto "asiático"? ¿No fue el "Archipiélago Gulag" más "originario" que Auschwitz"? ¿No fue el "genocidio de clase" de los bolcheviques el predecesor lógico y fáctico del "genocidio racial" de los nacionalsocialistas? ¿No se pueden explicar los actos más secretos de Hitler precisamente por el hecho de que *no* había olvidado la "jaula de ratas"? ¿No provendría Ausschwitz en sus orígenes de un pasado que se negaba a pasar?

No es necesario haber leído el libro ya inencontrable de Melgunov para plantearse estas preguntas. Pero uno se siente cohibido al hacerlo; yo mismo me refrené durante largo tiempo antes de atreverme. Se les considera tesis combativas anticomunistas o un producto de la Guerra Fría. Tampoco encajan muy bien en la ciencia, obligada como está a elegir planteamientos cada vez más estrechos. Y no obstante, se refieren a simples verdades. Pasar por alto voluntariamente ciertas verdades puede tener razones morales, pero viola la ética científica.

Los reparos estarían plenamente justificados cuando no se es capaz de superar esas evidencias e interrogaciones y no se las integra en un contexto general, a

saber, en el contexto de aquellas rupturas cualitativas de la historia europea que se iniciaron con la revolución industrial y desataron la búsqueda agitada del "culpable" o del "causante" de cualquier situación que se considerase fatal. Tan sólo en un marco así quedaría bien claro que, pese a los puntos de comparación, las operaciones de exterminio biológico del nacionalsocialismo son distintas al exterminio social que emprendieron los bolcheviques. Pero si un asesinato –y no digamos un genocidio– no se puede "justificar" con otro asesinato, igualmente nos conduce al error la actitud que ve únicamente *un* asesinato *determinado* y *un* genocidio *determinado*, sin tener en cuenta a los otros, aunque pueda haber un nexo de causalidad entre ellos.

Quien se rehúse a contemplar esta historia como un mitologema, concentrándose en sus contextos básicos, no podrá más que sacar ciertas conclusiones fundamentales: si algún sentido tuvo toda ella para los descendientes –con sus innumerables tinieblas y horrores, pero también con el confuso espíritu de innovación que hay que concederles a los protagonistas–, ése fue la liberación de la tiranía del pensamiento colectivista. Y ello debería significar, a la vez, una reivindicación decisiva de *todas* las reglas de un orden liberal, de un orden que admite y estimula la crítica, mientras ésta se refiera a los actos, las formas de pensamiento y las tradiciones –o sea, también a los gobiernos y organizaciones de todo tipo–. Pero esa crítica debe censurarse cuando se aplique a aquellas realidades de las que el individuo no pueda despojarse, o pueda hacerlo tan sólo con ingentes esfuerzos, es decir, la crítica a "el" judío, "el" ruso, "el" alemán o "el" pequeño burgués. En tanto la forma de discutir el nacionalsocialismo esté

marcada precisamente por ese pensamiento colectivista, debería ponerse definitivamente un punto final. No se puede negar que en ese caso podrían difundirse la incuria intelectual y la autocomplacencia. Pero ello no *tiene que* ser así; y en cualquier caso, la verdad no debe depender de la utilidad. Una amplia discusión del asunto, que consistiría sobre todo en una reflexión sobre la historia de los dos últimos siglos, haría ciertamente "pasar" el pasado del que hablamos, como le corresponde a cualquier pasado, pero, justamente por lo mismo, también lo haría suyo.

Fuente: *Franfurter Allgemeine Zeitung,* 6 de junio de 1986

Nota del autor: El título de la exposición propuesto por las "Discusiones en el Römerberg" era "El pasado que se niega a pasar. ¿Discusión o punto final?".

ERNST NOLTE

El arte de invertir las cosas
Contra el nacionalismo negativo en la historiografía

Quien critica un libro, por regla general, tiene que destacar algunos puntos principales y descuidar otros; quien se ocupa de un artículo, debería mostrar la voluntad y la capacidad de caracterizar el planteamiento, abarcar el entero hilo de pensamientos y reproducir correctamente las conclusiones antes de emitir un juicio. Bajo ciertas circunstancias también puede ser adecuado echar un vistazo al autor. A mi modo de ver, Jürgen Habermas y Eberhard Jäckel no han cumplido con estos postulados.

Yo no he elegido personalmente el tema "El pasado que se niega a pasar". Pero cuando se me pidió discurrir sobre él en las Discusiones en el Römerberg, me atrajo como muy pocos temas anteriormente. La modificación, aparentemente insignificante, del título de un libro famoso sugiere una situación bastante inédita: un pasado que se cierra a su propia esencia de ser pasado, y no presente; un pasado que no se conforma con que los hombres lo recuerden, investiguen, glorifiquen o lamenten, sino que "pende como una espada justiciera sobre el presente".

Naturalmente, algo así no puede existir en sentido literal, se trata de una metáfora, pero de una metáfora esclarecedora que puede definir la relación del presente

de la República Federal Alemana con el pasado nacionalsocialista. Este presente lo he descrito confrontando dos líneas argumentativas opuestas; una de ellas sigue hasta la fecha descubriendo rasgos nacionalsocialistas por donde quiera, mientras que la otra deriva esa tendencia de determinados intereses o la considera una distracción de las cuestiones realmente de actualidad.

El dominio de la primera línea argumentativa ha llevado a una situación paradójica, en la que cualquier intento de desentrañar el pasado nacionalsocialista en toda su complejidad y con aspiraciones de "objetividad", recibe enseguida el estigma de que se trata de una "apología". Yo presuponía como una obviedad que la experiencia por la que pasaron los alemanes en 1945 en aquel desastre sin precedentes, y sobre todo cuando se revelaron las medidas nacionalsocialistas para el exterminio de los judíos, eslavos, enfermos mentales y otros grupos humanos, fue una experiencia genuina que quedó grabada profundamente en la mente de todos y cada uno de quienes la padecieron. Pero también señalé que el aspecto paradójico de la situación algún día tendría consecuencias que actualmente no nos podemos ni imaginar.

Lo que más me impactó fue, sin embargo, la sospecha de que se podía hallar la pista de los motivos que impulsaron a Hitler a cometer los actos más reprobables en la fórmula misma de un pasado que se niega a pasar. Por ello me resultó tan importante la frase que pronunció al discutir la situación del 1 de febrero de 1943 para justificar sus temores de que los generales presos en Stalingrado muy pronto hablarían en la radio de Moscú, a saber: "Figúrense la jaula de ratas." Cuando afirmaba que Hitler no se refería con ello a "la Lubyanka", como co-

mentaba el editor, con toda seguridad no quería decir que Hitler se refería en verdad a la Butyrka o a la prisión de la NKWD en Chelyabinsk. Se refería a un *procedimiento* que se empleaba en Lubyanka, un procedimiento de innombrable salvajismo que se hizo famoso porque George Orwell lo incluye en la última escena de su novela futurista "1984".

Este procedimiento no era, sin embargo, la ficción de un novelista para describir un futuro terrible; toda una serie de periódicos y publicaciones informaron en la inmediata posguerra de que era una realidad en las cárceles de la checa. La cuestión definitiva no es si estos informes eran veraces, el punto esencial es que Hitler sin lugar a dudas estaba convencido de que lo eran, ya que hablaba con el círculo más íntimo de sus colaboradores y no ante una congregación de masas. Y tampoco necesito subrayar especialmente lo que todo el mundo sabe, es decir, que ninguno de los generales o soldados prisioneros fue sometido a una tortura semejante. El presente hacía tiempo que era otro, pero un pasado que era mero pasado para casi todos los implicados se negaba a pasar en Adolf Hitler y seguía siendo para él, en efecto, "como una espada justiciera que pendía sobre el presente".

Pero aun si fuera cierto que la "jaula de ratas" no fue en el fondo más que una noticia amarillista, la sensación que compartían tantos contemporáneos en torno a 1920 con respecto a la revolución rusa, estaba a fin de cuentas justificada; es decir, la sensación de que algo inédito estaba ocurriendo. Para sus partidarios se trataba de la mayor de todas las esperanzas; para sus adversarios, de un horror sin sentido. Los unos hablaban de

la "ejecución" del zar, viendo en ello un acto de luminoso poder simbólico; los otros, comprobaban con espanto que los bolcheviques habían asesinado de una vez a la mujer del zar, a sus hijos, al médico de cabecera y las doncellas de cámara, y que ya por eso parecía inadmisible una comparación con las ejecuciones de Carlos I o Luis XVI. Y esta sensación de que estaba ocurriendo algo completamente nuevo y extraño se suscitó una vez más cuando dio la vuelta al mundo la noticia de que varios cientos de "burgueses" y oficiales habían sido ejecutados en Petersburgo y Moscú "como represalia" por el atentado de una revolucionaria social contra Lenin.

Pocos días después, el *Vorwärts* (*Adelante*) publicó en un editorial lo siguiente: "Hacer responsable a una clase por crímenes tan graves como éste, es sin duda una novedad para la Justicia y podría servir alguna vez como justificación de que la clase obrera fuera en algún caso responsable de los actos de un fanático, si se diera una estratificación social diferente". El autor de este texto nunca tuvo en cuenta que la "clase obrera" nunca podría ser sujeto de delito, pero comprendía muy bien que la novedad cualitativa era aquello que se introducía por primera vez en la historia universal, a saber, la inculpación colectivista y las medidas de exterminio que de ello resultaban; y habría podido añadir que ese principio, si se aplicara con energía y obtuviera fuerza de la resistencia de los implicados, causaría cada vez más víctimas, primero miles, luego cientos de miles y finalmente millones.

Habría sido igualmente correcto el enunciado de que una semejante secuencia no se podía derivar de los presupuestos marxistas, en cuyos conceptos la "aniquilación de la burguesía" significaba tan sólo el desplazamiento

de una minoría reducida, y no la "liquidación" física de un estrato social. Por ello era prácticamente inevitable que el término "asiático", para designar el genocidio de clase, se convirtiera en un lugar común tanto para la izquierda como la derecha. El horror ante la "jaula de ratas" no era, entonces, más que una expresión perturbadora de una experiencia genuina de la primera posguerra. Yo creo que en ella se puede encontrar la raíz más profunda de los actos más impulsivos de Hitler. Y asimismo, para mí está muy claro que la inculpación de Hitler contra "los judíos", si bien presupone esa experiencia, la traslada a una nueva dimensión: pues obra el paso de la inculpación social a la inculpación biológica.

El Archipiélago Gulag es, para mí, más "originario" que Auschwitz porque el creador de Auschwitz lo tenía en mente, en tanto que el creador del Archipiélago Gulag no conocía aún al creador de Auschwitz. Pero sin duda existe una diferencia cualitativa entre ambos campos. Es, por supuesto, inadmisible pasar por alto la diferencia, pero es aún más inadmisible no querer ver la relación entre ambos. Por ello, Auschwitz no es una respuesta directa al Archipiélago Gulag, sino una respuesta mediada por una interpretación. Que esta interpretación era falsa, yo no lo dije personalmente porque me parecía superfluo. Tan sólo un demente podría hoy retomar el discurso del "bolchevismo judío", pues la profunda enemistad entre ambos fenómenos hace tiempo que está más que clara; y ninguna tendencia intelectual o movimiento social fue nunca meramente nacional, pese a la insistencia de tantos ucranianos que siguen obsesionados con el "bolchevismo ruso", o a

la de tantos franceses que aún hablan del "marxismo alemán".

Uno puede poner en duda esta distinción entre la experiencia y la interpretación, y señalar que ya el joven Hitler era antisemita. Pero precisamente en el joven Hitler habría que matizar estas experiencias, quiero decir, el pavor ante las enormes manifestaciones de los socialdemócratas y la "clave" con la que trabajó interiormente estos hechos, que le revelaron que todo era obra de los judíos; todo esto, según pienso, se ha repetido después de la guerra en experiencias mucho más intensas.

Las dos mitades del artículo se unen, al fin, de una manera bastante simple: la situación de la República Federal Alemana, definida por un pasado que se niega a pasar, puede llevarnos a un estado cualitativamente nuevo, nunca alcanzado hasta ahora, en el que el pasado nacionalsocialista sigue siendo el mito negativo del mal absoluto, que impide cualquier revisión relevante, convirtiéndose en un enemigo de la ciencia, mientras que a la vez conlleva la consecuencia política de que siempre tuvieron razón quienes luchaban contra ese "mal absoluto". Pero, al mismo tiempo, la retrospectiva sobre aquel pasado –que se niega a pasar con Hitler– aporta conocimientos definitivos.

Hitler tiene muy claro el paso a la nueva dimensión, que para el presente es tan sólo una posibilidad: la consecuencia última se llamaba Auschwitz. Pero la experiencia genuina que subyacía a Auschwitz y que tanta gente compartía se basaba en el fenómeno anterior del Archipiélago Gulag. Si contemplamos ambos fenómenos a la vez, no se pueden pasar por alto las diferencias, pero también afloran las similitudes, con lo cual resurge la

aspiración de liberarse de la "tiranía del pensamiento colectivista", que sigue definiendo una buena parte de la discusión en torno al nacionalsocialismo.

Probablemente este orden de pensamientos, que ciertamente tan sólo alude a algunas cosas y cree poder presuponer otras, no habría suscitado tantos malos entendidos ni habría provocado tal excitación, si no hubiese aparecido al mismo tiempo la traducción inglesa de un ensayo mío, que ya se había publicado seis años antes en el FAZ, y que con el título *Entre la leyenda y el revisionismo* se ocupaba del mismo tema, si bien desde una perspectiva distinta. En aquel ensayo se menciona una declaración de Chaim Weizmann y se reproduce la tesis de David Irving, que fueron entregadas al Gobierno inglés por el jefe de la "Jewish Agency", en el sentido de que todos los judíos del mundo estaban dispuestos a luchar hasta el fin con Inglaterra. ¿No era ésta una declaración de guerra? Las reglas más simples del juego limpio quisieran recordarles, a quienes esta cita les parezca intolerable, que traerla aquí a colación dentro de un marco de observaciones autocríticas no pretende más que mencionar y señalar hechos que suelen omitirse en la literatura "establecida", ya que se someten, por lo general, a una interpretación exagerada o disminuida en la literatura de extrema derecha.

Así, por ejemplo, me parece una debilidad, y no una ventaja, de la literatura establecida el que se citen a menudo los vergonzantes comentarios de la prensa popular sobre el asesinato de Walter Ratenhaus, pero no se hable nunca de las declaraciones, en el fondo mucho más graves, de Kurt Tucholsky, de 1927, en las que les

desea a las mujeres y niños de la clase cultivada la muerte por gaseado. Estas últimas no las he encontrado más que en la literatura de la extrema derecha, cuya lectura le estará permitida a ratos a un historiador profesional, según creo. Pero también estimo que no deberían citarse en un mundillo tan aislado, como hoy ocurre, pues tan sólo así se podría discernir la diferencia entre ambas formas de bibliografía.

Por lo demás, sin embargo, la alusión al enunciado de Weizmann –si bien se trata de una observación al margen– se encuentra igualmente dentro del marco de mi pregunta principal, de la pregunta por el paso a una nueva dimensión, no deducible de lo que ya existía. Si uno admite que esa declaración –aunque no haya sido emitida en el sentido estricto del derecho internacional– representaba una anticipación de la realidad futura de una declaración de guerra, entonces se comprende claramente el internamiento como una contramedida y entonces deberían entrar en vigor también las Reglas de La Haya sobre la guerra por tierra. Vale la pena discutir la cuestión de si Weizmann quizá se dejó llevar por la intención correspondiente, con lo que no serían más que lógicas las consecuencias que habría que sacar de la posición de la población alemana y de los consejos judíos. Sin duda es cierto que las deportaciones que de hecho se llevaron a cabo son muy distintas de los "internamientos" planificados, pero resulta infame sin más contemplar en las deliberaciones –que efectuaron también algunos órganos judíos en 1939 y 1940– siquiera una tendencia a justificar la "solución final".

¿Y qué puedo responder a la crítica polémica de Jürgen Habermas y Eberhard Jäckel? No pienso comentar

el odioso término de "difamador" ni tampoco el de "filosofía de la OTAN", que tan bien guardo en la memoria desde los primeros años de la *Revista de Ciencia Histórica* de Berlín oriental. Cuando Jäckel comunica su propia definición de la singularidad de la "solución final", a mi modo de ver no hace sino analizar lo que expresa con mayor concisión el término de "asesinato racial". Pero si más bien quiere decir que el Estado alemán tan sólo proclamaba por boca del *führer*, públicamente y a las claras, la decisión de asesinar también a las mujeres, niños y bebés judíos, ha ilustrado con una breve frase cuanto no necesita "probarse", pues no es más que una "difamación" en un enrarecido clima intelectual.

Hitler fue, sin lugar a dudas, el hombre más poderoso en la entera historia de Alemania, pero no era lo suficientemente poderoso para equiparar en un discurso público el bolchevismo y el cristianismo, como hacía por regla general en sus charlas de sobremesa; y tampoco era lo suficientemente poderoso para solicitar o justificar en público, como hacía Himmler en círculos reducidos, el asesinato de mujeres y niños. Esto, por descontado, no se debía al "humanitarismo" de Hitler, sino a los últimos restos del sistema liberal que aún existían. La "aniquilación de la burguesía" y la "liquidación de los kulakos", en cambio, fueron propagadas sin disimulo; y no ha podido más que extrañarme la frialdad con que Eberhard Jäckel comenta el que no fuera asesinado cada uno de los burgueses. Sobre la "expulsión de los kulakos", de Habermas, ya no queda nada que comentar.

La crítica que estos dos señores dirigen contra mi artículo resulta comprensible desde el punto de vista

psicológico, cuando suponen que yo explico Auschwitz como una respuesta justificada al Archipiélago Gulag, es decir, como una respuesta en el mismo nivel. Para ello se habría requerido retomar el concepto del "bolchevismo judío", y yo no consideré necesario rechazar expresamente una suposición semejante. Después de todo, al lector poco informado le debería haber bastado con mi referencia a la "checa china". Pero en el caso de Jürgen Habermas y Eberhard Jäckel, se debe presuponer que conocen "El fascismo en su época"; y habría sido de esperar cuando menos alguna expresión de asombro por el hecho de que yo pareciera estarme esforzando por contradecirme a mí mismo.

Soy, en efecto, de la opinión de que no sólo los alemanes tienen un "pasado difícil" y de que el "pasado difícil" no es exclusivamente alemán. La simple inversión del nacionalismo no es adecuada para la realidad histórica del siglo XX. Sería necesario encontrar nuevas vías de reflexión en muchas partes, pero muy especialmente en Alemania y en Rusia, si es que la coexistencia ha de ser algo más que meramente económica y ha de abandonar –en el terreno intelectual– el ámbito de ese particularismo que pretende demostrar la culpa de los pueblos, clases o razas enemigos, perdiendo de vista, justamente por ello, la culpa fundamental de la inculpación colectivista. Existen enfoques esperanzadores entre los disidentes soviéticos y, aquí y allá, incluso en la bibliografía oficial. Jürgen Habermas podría ser una voz importante en estas discusiones, pero antes tendría que aprender a escuchar, también cuando siente sus prejuicios estimulados.

Fuente: DIE ZEIT, 31 de octubre de 1986

Nota del autor: El texto llevaba originalmente el título: "Una simple inversión, Contra el nacionalismo negativo en la historiografía. Respuesta a Jürgen Habermas y Eberhard Jäckel."

JÜRGEN HABERMAS

Del uso público de la historia
La eclosión del autoconcepto oficial de la República Federal Alemana

Quien haya leído el precavido artículo de Ernst Nolte en el último número de DIE ZEIT, sin seguir la discusión emocional que se libró en el diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* tiene que obtener la impresión de que la polémica gira en torno a detalles históricos. Pero en el fondo se trata de la puesta en práctica política del revisionismo que ha surgido en la historiografía y que los políticos del Gobierno del cambio reprueban con cierta impaciencia. Por ello Hans Mommsen ubica la controversia en el contexto de una "reconversión del pensamiento histórico-político". Con su ensayo, publicado en el número de septiembre/octubre del *Merkur*, él ha aportado la contribución más detallada y sustantiva al respecto. El centro de atención lo ocupa el tema de *en qué medida* se está "elaborando" en la conciencia pública alemana el periodo nacionalsocialista. La creciente distancia hace indispensable una "historización", sea cual sea.

Hoy ya empiezan a hacerse mayores los nietos de quienes eran demasiado jóvenes al concluir la Segunda Guerra Mundial para sentirse personalmente culpables. Por supuesto no disponen de un recuerdo que los ayude a distanciarse. La historia se ha quedado fija en el periodo entre 1933 y 1945. No puede abandonar el ho-

rizonte de su propia biografía; permanece entreverada con sensaciones y reacciones que, sin duda, dependiendo de la quinta en cuestión o de la posición política, se dispersan por un amplio espectro manteniendo todas, sin embargo, el mismo punto de partida: las imágenes de aquel ocaso. Este traumático negarse-a-pasar de un imperfecto moral grabado a fuego en nuestra historia nacional no llegó a tener un efecto masivo en nuestras conciencias hasta entrados los años 80: en el 50 aniversario del 30 de enero de 1933 y en el 40 del 20 de julio de 1944 y el 8 de mayo de 1945. Y no obstante, están empezando a caer ciertas barreras que hasta apenas ayer se mantenían más que firmes.

La memoria de las víctimas y los criminales

En los últimos tiempos se multiplican las memorias de todos aquellos que durante décadas fueron incapaces de hablar de lo que habían padecido: estoy pensando en Cordelia Edvardson, la hija de los Langgässer, o en Lisa Fitko. Hemos tenido ocasión de presenciar el proceso, prácticamente de tortura física, con el que un despiadado Claude Lanzmann pone a hablar a las víctimas de Auschwitz y Maidanek en la labor de rememoración. No podemos olvidar a ese peluquero al que el horror, que lo tenía petrificado y enmudecido, por vez primera le permitía pronunciar algunas palabras; y uno no sabía a ciencia cierta si debía prestar crédito a esa energía liberadora de la palabra. Del otro lado, surgen también palabras de bocas humanas que se mantuvieron

durante largo tiempo cerradas; palabras que, por buenas razones, nunca se habían vuelto a emplear en público desde 1945. La memoria colectiva genera, indiferente, palabras muy distintas desde la perspectiva de los criminales de las que se generan desde la perspectiva de las víctimas. Saul Friedländer ha escrito sobre la brecha que se abría entre el deseo alemán de normalizar el pasado y la intensa atención que los judíos dispensaban al Holocausto. En lo que nos atañe a nosotros, basta echar un vistazo a la prensa de las últimas semanas para confirmar el diagnóstico.

En un proceso que se llevó a cabo en Fráncfort contra dos médicos que participaron activamente en la llamada "acción de muerte caritativa", el defensor justificó ante los tribunales su solicitud de atenuante por falta de dolo para un psiquiatra de Gotinga con el argumento de que el defensor oficial tenía un abuelo judío y, probablemente, lo descalificaban sus emociones. En la misma semana, Alfred Dregger exteriorizó una inquietud similar en el Parlamento: "Nos preocupan la falta de historia y de consideración frente a nuestra propia nación. Sin ese patriotismo elemental que poseen todas las demás naciones nuestro pueblo no podrá sobrevivir. Quien abuse de la llamada "superación del pasado" –que sin duda fue necesaria– para que nuestro pueblo sea incapaz de tener porvenir, tendrá que contar con nuestro rechazo." El abogado introduce un argumento racista en un proceso penal, el jefe de fracción exige que se relativice sin más la carga del pasado nacionalsocialista; ¿Es acaso la coincidencia de estas dos declaraciones tan casual? ¿O no se estará, más bien, difundiendo gradualmente un clima intelectual en esta República en el que todos

esos fenómenos encajan a la perfección? Tenemos también la espectacular exigencia de un famoso mecenas que pide que el arte de la época nazi quede por fin absuelta de la "censura". O a un canciller federal que, haciendo acopio de refinamiento histórico, descubre paralelos entre Gorbachov y Goebbels.

En el escenario de Bitburg hubo tres momentos simbólicos: el aura del cementerio militar debía despertar el sentimiento nacional y, con ello, "conciencia histórica"; la confluencia de la Colina de los Cadáveres en el campo de exterminio y de las tumbas de la SS en el Cementerio de la Honra –es decir, Bergen-Belsen por la mañana y Bitburg por la tarde– se proponían combatir implícitamente la singularidad de los crímenes nacionalsocialistas. Y el apretón de manos de los generales veteranos con la venia del presidente de Estados Unidos suponía, a fin de cuentas, una confirmación de que siempre estuvimos en el lado correcto en la lucha contra el bolchevismo. Entretanto hemos vivido discusiones insultantes, más bien supurantes que esclarecedoras, sobre los museos históricos que se planean; sobre la representación de la obra de Fassbinder; sobre un monumento nacional conmemorativo que es tan superfluo como un furúnculo. Y no obstante, Ernst Nolte se queja de que Bitburg no abrió las esclusas en la medida necesaria, de que no relajó la dinámica del "echar cuentas" lo suficiente: "El miedo ante la acusación del 'echar cuentas' y ante cualquier tipo de comparación, descartó la simple pregunta de qué significación habría tenido, si en 1953 el entonces canciller alemán se hubiera negado a visitar el cementerio militar de Arlington so pretexto de que allí se encontraban enterradas personas que habían participado en los ataques terroristas

contra la población civil alemana" (FAZ, 6 de junio de 1986). Quien se pare a pensar en todo lo que presupone este ejemplo, construido de forma tan peculiar, admirará la naturalidad con la que un renombrado historiador alemán procura "echar cuentas" entre Auschwitz y Dresden.

Esta mezcla de lo que aún se puede decir con lo indecible acaso esté reaccionando a una necesidad que aumenta al ritmo de la conciencia histórica. Lo que salta a la vista, en cualquier caso, es aquella urgencia concreta que los autores de la serie de la Radiotelevisión Bávara "Los alemanes en la Segunda Guerra Mundial" supusieron en sus espectadores mayores: el deseo de que su experiencia subjetiva de la Guerra por fin salga de ese marco que le presta un significado distinto retrospectivamente. Este deseo de poseer ya tan sólo recuerdos no enmarcados, desde la perspectiva de los veteranos, puede quedar satisfecho al leer la exposición de Andreas Hillgruber sobre los acontecimientos en el Frente Oriental en 1944/45. Al autor se le plantea el "problema", sin duda poco común en un historiador, de "la identificación", tan sólo porque quisiera apropiarse de la perspectiva vivencial de las tropas en combate y de la población civil afectada. Puede ser muy cierto que la obra completa de Hillgruber transmita una impresión distinta. Pero el librillo que sacó en Siedler *(El hundimiento doble)* no está destinado a lectores informados, es decir, a lectores que pudieran aportar una visión contrastante de la "destrucción del Reich alemán" o del "fin del judaísmo europeo".

Los ejemplos muestran que la historia, pese a todo, nunca se detiene. El orden de la muerte colectiva afecta

también a la vidas estropeadas. Nuestra situación ha cambiado considerablemente desde hace cuarenta años, cuando Karl Jaspers escribió su célebre tratado sobre "La cuestión de la culpa". En aquel entonces se trataba de distinguir entre la culpa personal del criminal y la responsabilidad pública de quienes –por las razones que fueran– habían omitido hacer algo en contra. Esta distinción no es aplicable al problema de quienes nacieron después, de aquellos a quienes no se les pueden echar en carga los actos de sus padres y abuelos; la cuestión es si para ellos aún existe un problema de corresponsabilidad.

Las cuestiones de Jaspers en la actualidad

Hoy como ayer, es indiscutible el hecho de que quienes nacieron más tarde se criaron en una forma de vida en la que *eso* era posible. Nuestra vida está estrechamente relacionada con el contexto vital que hizo posible Auschwitz, y no por circunstancias contingentes, sino de la forma más íntima. Nuestra forma de vida está vinculada con la forma de vida de nuestros padres y abuelos mediante un tejido indisoluble de tradiciones familiares, locales, políticas y también intelectuales; a través de un medio histórico que es, naturalmente, el que ha hecho de nosotros lo que somos y quienes somos. Ninguno de nosotros puede sustraerse a este medio, porque nuestra identidad como personas, o como alemanes, está insalvablemente enredado en él. Eso va desde nuestras imitaciones y gesticulaciones corporales y, pasando por la lengua,

llega hasta las ramificaciones capilares de nuestros hábitos intelectuales. Es como si, por ejemplo, yo mismo pudiera, cuando enseño en universidades extranjeras, ser capaz de negar alguna vez la mentalidad en la que se grabaron las huellas del pensamiento alemán, desde Kant hasta Marx, y de éste a Max Weber. No hay nada más obvio que ser conscientes de nuestras tradiciones, si no queremos negarnos a nosotros mismos. Que no hay maniobras posibles que nos aparten de ella, en eso estoy incluso de acuerdo con el señor Dregger. ¿Pero qué podemos proponer a partir de una relación existencial con una tradición y una forma de vida que se han visto envenenadas por crímenes inconfesables? Una vez pudo llamarse a responsabilidad a toda una cultura civilizada, humanista, orgullosa de un Estado de derecho, y ello en el sentido que Jaspers denominaba de responsabilidad colectiva. La pregunta es si hay algo de esa responsabilidad colectiva que se transmita a la siguiente y aun a la siguiente generación. Por dos razones, pienso yo, habría que responder a esta pregunta de manera afirmativa.

Para empezar, ahí está la obligación –que tenemos en Alemania, aun cuando nadie más se haga cargo de ella– de mantener vivo, sin disimulo y tampoco tan sólo en mente, el recuerdo del sufrimiento de quienes fueron muertos por manos alemanas. Estos muertos sí que tienen derecho a la fuerza débil y anamnética de una solidaridad que quienes nacieron más tarde tan sólo pueden ofrecer en el escenario de un recuerdo siempre renovado, a menudo desesperado, pero en cualquier caso presente. Si fuéramos capaces de ponernos por encima de esta herencia benjaminiana, nuestros conciudadanos

judíos, los hijos, hijas y nietos de los asesinados, ya no podrían respirar en nuestra tierra. Y ello también tiene implicaciones políticas. Yo, por mi parte, no veo cómo podría "normalizarse" próximamente la relación de la República Federal Alemana, digamos, con Israel. No falta, por descontado, quien lleve el "recuerdo culpable" tan sólo en la "tarjeta de visita", mientras las manifestaciones públicas de esos supuestos sentimientos delatan un ritual de falsa sumisión y/o gestos de una humildad hipócrita. A mí no puede más que extrañarme que esos señores –si tocara hablar en espíritu cristiano– ni siquiera sepan distinguir entre la humildad y la penitencia.

La polémica actual, sin embargo, no se produce por el recuerdo culpable, sino, más bien, por la cuestión narcisista de cómo debemos enfrentar nosotros –en aras de nosotros mismos– nuestras propias tradiciones. Si eso es no posible sin recurrir a la ilusión, nuestra memoria de las víctimas se convierte en una farsa. En el autoconcepto oficial de la República Federal Alemana hubo hasta la fecha una respuesta muy clara y muy simple. Y ésta ha sido la misma de Weizsäcker, de Heinemann y de Heuss. Después de Auschwitz, podemos obtener conciencia nacional tan sólo a partir de las mejores tradiciones de aquella historia nuestra que no hemos pasado por alto, sino que nos hemos apropiado con espíritu crítico. Podemos tan sólo seguir fomentando una cohesión vital y nacional –la misma que un día toleró un colapso incomparable en la sustancia de la convivencia humana– a la luz de aquellas tradiciones que nos mantuvieron alertas durante el desastre moral y que incluso resisten a las miradas de sospecha. De lo contrario, no podríamos sentir respeto

hacia nuestras personas ni, menos aún, esperarlo de los demás.

Hasta ahora ésta ha sido la premisa básica del autoconcepto oficial de la República Federal Alemana. Pero actualmente la derecha se rebela contra ese consenso. Y es que ellos temen una consecuencia: la forma crítica de apropiarse de la tradición naturalmente no promueve la confianza ingenua en las buenas costumbres de una situación meramente habitual; no ayuda a identificarse con modelos que nunca fueron puestos en duda. Martin Broszat tiene razón al ver en ello el punto que suscita la polémica. El periodo nacionalsocialista resultará cada vez menos una barrera, en la medida en que lo veamos cada más serenamente como el filtro por el que pasa la sustancia cultural, en tanto en cuanto ésta se adopte con voluntad y conciencia.

Dregger y sus correligionarios se levantan hoy contra esa continuidad en el autoconcepto de la República Federal Alemana. Hasta donde yo puedo ver, su malestar proviene de tres fuentes.

Las tres fuentes del malestar

Para empezar, las interpretaciones situacionales de origen neoconservador desempeñan un papel importante. Según esa lectura, la defensa moralizante del pasado inmediato impide ver claramente la historia milenaria de 1933. Sin el recuerdo de la historia nacional que se ha sometido a una "prohibición de pensar", no se puede fabricar una autoimagen positiva. Sin identidad colec-

tiva, según ellos, desaparecen las fuerzas de la integración social. La tan lamentada "pérdida de la historia" debe contribuir a debilitar la legitimación del sistema político: hacia dentro corresponde que reine la paz; hacia fuera, toca poner en riesgo la predecibilidad. Con ello se fundamenta la "dotación de sentido" compensatoria con la que la historiografía pretende servir a los desarraigados de los procesos de modernización. Pero el recurso de identificación con la historia nacional exige relativizar el valor "negativo" del periodo nacionalsocialista; y para ello no basta ya con poner entre paréntesis esa época, tiene que reducirse su significado incriminatorio.

Para el revisionismo que pretende volver los hechos inofensivos, hay además un segundo motivo más profundo, y ello independientemente de cualquier reflexión de índole funcional *à la* Stürmer. Sobre ello, ya que no soy psicólogo social, no puedo más que adelantar conjeturas. Edith Jacobson elaboró una vez la evidencia psicoanalítica de que el niño en su desarrollo tiene que aprender poco a poco a asociar las experiencias que vive con una madre cariñosa y protectora con aquellas experiencias que provienen de una madre que lo traiciona y abandona. Obviamente, se trata de un proceso prolongado y doloroso, en el que aprendemos a reconstituir las imágenes, en un principio competitivas, de los padres buenos y malos, en imágenes complejas de *una misma* persona. El Yo débil no obtiene fuerza más que a partir de un trato no selectivo con un entorno ambivalente. Incluso entre los adultos se mantiene muy viva la necesidad de paliar este tipo de disonancias cognitivas. Y resultan más comprensibles cuanto más se alejan entre sí los extremos: por ejemplo, las impresiones positivas y muy ricas del pro-

pio padre o hermano y las evidencias problemáticas que nos transmiten los informes abstractos sobre el comportamiento y las complicaciones de esas mismas personas cercanas. Por ello no son, en modo alguno, las personas moralmente insensibles las que se sienten impulsadas a exonerar de la mácula de hipotecas moralmente atípicas al destino colectivo en que se implicaron los otros.

Por otro lado, podemos encontrar el tercer motivo en un nivel muy distinto: la lucha por la recuperación de aquellas tradiciones que nos resultan una carga. Mientras la visión inquisitiva se concentre en las ambivalencias, que se presentan a quien nació más tarde a partir del conocimiento del transcurrir histórico –sin ningún mérito de su parte–, incluso lo que debería servir de modelo no se puede mantener libre del poder retroactivo de una historia corrupta. Después de 1945 leemos a Carl Schmitt, a Heidegger, a Hans Freyer, incluso a Ernst Jünger, de una manera muy diferente de como los leíamos en 1933. Y ello a veces duele, sobre todo a mi generación que –después de la Guerra, en el prolongado periodo de latencia hasta finales de los años 50– se sintió influida intelectualmente por personajes de tales magnitudes. Ello podría explicar, por cierto, los esfuerzos de rehabilitación que –no sólo en el diario FAZ– se dirigen concientemente a los herederos neoconservadores.

O sea que, cuarenta años después, aquella polémica que Jaspers fue capaz de dirimir laboriosamente ha eclosionado en una forma distinta. ¿Se puede tomar justificadamente el testigo del Reich alemán, se pueden continuar las tradiciones de la cultura alemana, sin asumir responsabilidad histórica de aquella forma de vida que hizo posible Auschwitz? ¿Se puede ser responsable del

contexto que originó semejantes crímenes –con los que la propia existencia está asociada históricamente– de alguna manera que no sea mediante el recuerdo solidario con lo irreparable y mediante una posición reflexiva y analítica de las propias tradiciones dotadoras de sentido? ¿No se puede afirmar, en términos generales, que cuantos menos puntos en común ha conservado el contexto colectivo en el interior y cuanto más se ha mantenido usurpando y destruyendo vidas ajenas, tanto mayor es el peso de la reconciliación que se impone al duelo y al examen autocrítico de las generaciones venideras? ¿Y no nos prohíbe precisamente esta última frase restar importancia a la responsabilidad que se nos atribuye, estableciendo comparaciones niveladoras? Tal es la cuestión de la singularidad de los crímenes nacionalsocialistas. ¿Cómo debe ser la mente de un historiador que puede afirmar que yo "me habría inventado" estas preguntas?

Seguimos la polémica en torno a la respuesta correcta desde la perspectiva de la primera persona. No hay que confundir esta liza, en la que no puede haber indiferentes entre nosotros, con una discusión entre científicos, obligados a adoptar la posición de una tercera persona en el curso de sus reflexiones. Sin la menor duda, la cultura política de la República Federal Alemana se ve influida por el trabajo comparativo de los historiadores y otros humanistas; pero es tan sólo a través de las esclusas de los mediadores y de los medios de comunicación como llegan los resultados de los trabajos científicos, con consideración de las perspectiva de los afectados, al flujo donde el público hace suyas las tradiciones. Y es sólo allí donde las comparaciones pueden convertirse en un "echar

cuentas". La melindrosa indignación sobre la supuesta mezcolanza de política y ciencia traslada el tema a una vía completamente errónea. Nipperdey y Hildebrand se equivocan ya sea en la etiqueta o en el destinatario. Viven, según parece, en un ámbito ideológicamente cerrado, o inalcanzable para la realidad. No se trata, por favor, de Popper contra Adorno, no se trata de discusiones científico-teóricas, ni de la cuestión de liberarse de toda valoración: se trata del uso público de la historia.

Las comparaciones como una forma de "echar cuentas"

En la especialidad, hasta donde puedo ver correctamente desde el exterior, han cristalizado tres posiciones principales: se describe la era nacionalsocialista ya sea desde la perspectiva de la teoría del totalitarismo, ya sea centrándola en la persona y la ideología de Hitler o ya sea con vistas a las estructuras del sistema de dominio y/o social. Naturalmente una u otra de estas posiciones resulta más o menos apropiada para relativizar o nivelar aquella época conforme a intenciones provenientes de fuera. En el sentido del revisionismo minimizador que se propone exculpar a las elites conservadoras, incluso la visión que se fija en la persona de Hitler y en su demencia racista resulta efectiva únicamente cuando se presenta desde la perspectiva adecuada y con un tono determinado. Y lo mismo puede decirse de la comparación de los crímenes nacionalsocialistas con los actos de exterminio bolcheviques, incluyendo la tesis abstru-

sa que considera el Archipiélago Gulag más "originario" que Auschwitz. Es tan sólo cuando un periódico publica un artículo en este contexto que la cuestión de la singularidad de los crímenes nazis puede adoptar para nosotros –que hacemos nuestras las tradiciones desde la perspectiva de los participantes– la importancia que la hace tan candente en el contexto actual. En la opinión pública, en la formación política, en los museos y en la asignatura de historia la producción apologética de cuadros históricos se plantea como una cuestión eminentemente política. ¿Debemos acaso "echar cuentas" macabras con ayuda de comparaciones históricas para sustraernos a nuestra responsabilidad con respecto a la comunidad de riesgo alemana? Joachim Fest se lamenta (en el diario FAZ del 29 de agosto) de la insensibilidad "con la que ciertos profesores se aplican en seleccionar a las víctimas". Esta frase, la más inadmisible de un artículo inadmisible no puede sino volverse contra Fest. ¿Por qué brinda en público un lustre oficial a esa manera de "echar cuentas" que hasta ahora tan sólo era habitual entre los círculos de extrema derecha?

Todo ello, por descontado, nada tiene que ver con el imponer prohibiciones o tabúes a la ciencia. Si este debate –que se desató a raíz de las respuestas de Eberhard Jäckel, Jürgen Kocka (en el diario *Frankfurter Rundschau* del 23 de septiembre) y Hans Mommsen (en la revista *Blätter für deutsche und internationale Politik*, de octubre de 1986)– hubiera tenido lugar en una publicación especializada, yo no podría haberme indignado, es más, ni siquiera me habría enterado de la disputa. Con toda seguridad no es un pecado –como se burla Nipperdey– la mera publicación del artículo de Nolte en el dia-

rio FAZ, pero muy probablemente representa un punto de inflexión en la cultura política y en el autoconcepto de la República Federal Alemana. Y también en el extranjero el artículo se está percibiendo como tal.

Y ese punto de inflexión no pierde su virulencia por que Fest haga depender el significado moral de Auschwitz de nuestras preferencias ya sea por una interpretación más bien optimista o más bien pesimista de la historia. Las interpretaciones pesimistas de la historia implican, en cada caso, distintas consecuencias prácticas, según se consideren las constantes de la desgracia un producto de la malvada naturaleza humana o se conciban como un producto de la sociedad: Gehlen contra Adorno. Y en modo alguno las llamadas interpretaciones optimistas de la historia se reducen invariablemente al "hombre nuevo"; como es sabido, sin el meliorismo sería incomprensible la cultura estadounidense. Si los progresos históricos consisten en atenuar, eliminar o impedir el sufrimiento de una criatura vulnerable, y si la experiencia histórica nos enseña que a los progresos por fin alcanzados los siguen tan sólo nuevas desgracias, no es difícil suponer que el balance de lo tolerable únicamente puede mantenerse cuando empleamos nuestras máximas energías en aras de los progresos posibles.

En las primeras semanas, mis contrincantes eludieron un debate de contenido procurando despojarme de todo crédito científico. No es necesario volver en este momento sobre esas imprudentes inculpaciones, ya que la discusión entretanto se ha concentrado en el asunto en cuestión. Para familiarizar a los lectores de DIE ZEIT con una maniobra distractoria, más propia de políticos en el fragor de la batalla que de científicos y publicistas sen-

tados a su escritorio, voy a mencionar tan sólo un ejemplo. Joachim Fest afirma que yo le atribuyo a Nolte una tesis completamente falsa en el punto principal del debate: según él, Nolte no niega en absoluto "la singularidad de las acciones de exterminio de los nacionalsocialistas". En realidad, él habría escrito que aquellos crímenes masivos eran mucho más irracionales que sus modelos soviéticos: "Todo ello", así resumía las razones, "constituye su singularidad", y sigue diciendo: "pero no modifica en nada el hecho de que el llamado exterminio de los judíos durante el Tercer Reich fue una reacción o una copia desfigurada, y no el acto original." Su benévolo colega Klaus Hildebrand alaba luego ese artículo, en la revista "Historische Zeitschrift", calificándolo de indispensable, porque "intenta explicar... el aspecto aparentemente singular a partir de la historia del 'Tercer Reich'". Yo me he podido apropiar de esta lectura, que considera toda aseveración contraria como cláusula salvatoria, gracias a que Nolte entretanto había escrito en el diario FAZ la frase que desencadenó la controversia, la frase en que reducía la singularidad de los crímenes nacionalsocialistas al "procedimiento técnico del gaseado". Fest, por su parte, en forma de pregunta, ni siquiera se da por satisfecho con esa diferencia. Con referencia expresa a las cámaras de gases, pregunta: "¿De veras se puede afirmar que las liquidaciones masivas mediante tiro en la nuca, habituales durante los años del terror rojo, eran algo cualitativamente distinto? ¿No es acaso, pese a las diferencias, lo comparable aún más fuerte?"

Acepto la indicación de que la descripción más apropiada del acto de barbarie que se perpetró con los kulakos no es la "expulsión", sino el "exterminio", ya que la instrucción debe ser una labor recíproca. Pero las "cuentas"

que han hecho Nolte y Fest ante la opinión pública no resultan instructivas. Afectan a la moral política de una comunidad que –tras ser liberada por las tropas aliadas sin su colaborción– se construyó en el espíritu de la concepción occidental de libertad, responsabilidad y autodeterminación.

Fuente: DIE ZEIT, 7 de noviembre de 1986

JÜRGEN HABERMAS

Una gestión de daños
Las tendencias apologéticas en la historiografía alemana

Una carencia notoria en la bibliografía sobre el nacionalsocialismo es que no registra, o se niega a registrar, la medida en que, cuanto hicieron posteriormente los nacionalsocialistas, con la sola excepción del procedimiento técnico del gaseado, ya había sido descrito en la abundante bibliografía que se produjo a principios de los años veinte... ¿No habrán cometido los nacionalsocialistas –no habrá cometido Hitler– un acto "asiático" tan sólo porque se veían a ellos mismos y a sus semejantes como víctimas potenciales de un acto "asiático"?

Ernst Nolte, en el
Frankfurter Allgemeine Zeitung
del 6 de junio de 1986

I.

El historiador de Erlangen Michael Stürmer se inclina por una interpretación funcional de la conciencia histórica: "En un país sin historia (conquista) el futuro que llena los recuerdos, acuña los conceptos e interpreta el pasado". A socaire de la visión neoconservadora del mundo de Joachim Ritter, que fue actualizada por sus discípu-

los en los años setenta, Stürmer concibe los procesos de modernización como una especie de gestión de daños. Se debe compensar al individuo con un sentido que lo dote de identidad por la inevitable enajenación que experimenta como "molécula social" en el entorno de una sociedad industrial materialista. A Stürmer, obviamente, le interesa menos la identidad de cada individuo que la integración de la comunidad. El pluralismo de valores e intereses conduce, "cuando ya no encuentra una base común... tarde o temprano a una guerra civil social". Se necesita "esa dotación trascendental de sentido que, tras venirse abajo la religión, tan sólo han sido capaces de proporcionar la nación y el patriotismo". Una ciencia histórica responsable en el aspecto político no renunciará nunca al prestigio de fabricar y difundir una imagen de la historia que promueva el consenso nacional. La ciencia histórica, en cualquier caso, "se ve impulsada por las necesidades colectivas, en gran parte inconscientes, de dotarse de un sentido en el mundo, pero..." –y esto lo percibe Stürmer claramente como un dilema– "tiene que pasarlas por el tamiz de la metodología científica". Y es por ello que acomete "el riesgo entre la dotación de sentido y la desmitificación".

Veamos primero cómo acomete el riesgo el historiador de Colonia Andreas Hillgruber. Si me atrevo a ocuparme del más reciente trabajo de este renombrado historiador sin ser un especialista, es tan sólo porque sus investigaciones, publicadas en edición de bibliófilo por Wolf Jobst Siedler bajo el título "Dos formas del hundimiento", están evidentemente destinadas al lego. Compruebo, para empezar, la autoobservación de un paciente que se somete a una operación revisionista de su conciencia histórica.

En la primera parte de su estudio, Hillgruber describe el colapso del Frente Oriental alemán durante el último año de guerra (1944/45). Al inicio, discute el "problema de la identificación", es decir, la cuestión de con cuál de las partes entonces en liza debería identificarse el autor en su exposición. Como ya ha descartado, por ser meramente "ética por ideología", la de los hombres del 20 de julio frente a la actitud "ética por responsabilidad" de los comandantes, concejales y alcaldes sobre el terreno, le quedan tres posiciones. Hillgruber rechaza la perspectiva de la resistencia total de Hitler como un darwinismo social. Tampoco viene a cuento la identificación con los vencedores. Según él, la perspectiva de la liberación tan sólo sería aplicable a las víctimas de los campos de concentración, no para la nación alemana como un todo. Al historiador le queda exclusivamente una alternativa: "Tiene que identificarse con el destino concreto de la población alemana en el Este, y con los esfuerzos desesperados y sacrificados del ejército del Este y la Marina en el Báltico, que procuraron proteger a la población alemana de las orgías revanchistas del Ejército Rojo, de las violaciones masivas, de los asesinatos arbitrarios y las deportaciones indiscriminadas... manteniendo libre una vía de escape hacía el Occidente."

Uno se pregunta, perplejo, por qué el historiador de 1986 no intenta una retrospectiva a partir de nuestra distancia de cuarenta años, es decir, a partir de su propia perspectiva, de la que, al fin y al cabo, nunca podrá despojarse. Ésta ofrece, además, la ventaja hermenéutica de poder cotejar las percepciones selectivas de las partes directamente implicadas, completándolas desde el saber de quien ha nacido después. Sin embargo, Hillgru-

ber no quiere escribir su exposición desde esta perspectiva, que uno no podría calificar más que de "normal", porque entonces surgiría inevitablemente la cuestión de la "moral de la guerra de exterminio". Y ésta debe ponerse entre paréntesis. Hillgruber me recuerda en este contexto la afirmación de Norbert Blüm en el sentido de que mientras el "Frente oriental" resistió, pudieron seguir adelante los actos de exterminio en los campos. Este hecho debería arrojar una sombra profunda sobre aquel "cuadro de espanto de mujeres y niños violados y asesinados", que se ofreció, por ejemplo, a los soldados alemanes después de la reconquista de Nemmersdorf. A Hillgruber lo que en realidad le interesa es describir los hechos desde la perspectiva del soldado valiente, desde la desesperada población civil, también desde el "acreditado" alto mando de la NSDAP; pretende revivir las experiencias de los combatientes de entonces, aún no encasilladas y devaluadas por nuestros conocimientos retrospectivos. Este propósito explica el principio de dividir su estudio en dos partes, en "el colapso del Este" y "el exterminio de los judíos", dos procesos que Hillgruber precisamente *no* pretende mostrar "en su tenebroso entramado", según afirma la solapa del libro.

II.

Después de esta operación –que se debe incluir en el ámbito del dilema mencionado por Stürmer de la historia como dotadora de sentido– Hillgruber naturalmente no tiene reparos en acudir finalmente al saber del historiador

actual para sustentar la tesis que propone en su prólogo de que la expulsión de los alemanes del Este en modo alguno debe entenderse como una "respuesta" a los crímenes en los campos de exterminio. Echando mano de los objetivos de los aliados, demuestra que "en el caso de una derrota alemana, en ningún momento de la guerra existió la perspectiva de salvar la mayor parte de las provincias prusiano-alemanas". A la vez, procura explicar el desinterés de las potencias occidentales mediante su "imagen tópica de Prusia". O sea que Hillgruber no puede imaginarse que las estructuras de poder del Reich podrían tener algo que ver con las estructuras sociales, particularmente conservadoras, de Prusia. No aprovecha, por ejemplo, los datos de la sociología; pues de lo contrario, nunca habría reducido a la bestial "forma de hacer la guerra" de la época stalinista el hecho de que se produjeran tumultos durante la ocupación del Ejército Rojo no sólo en Alemania, sino antes aun en Polonia, Rumania y Hungría. En fin, sea como sea, los aliados estaban enceguecidos por el objetivo ilusorio de demoler a Prusia. Tan sólo muy tarde se dieron cuenta de que la avanzada rusa "convertía a toda Europa en la perdedora del desastre de 1945".

Con este escenario Hillgruber ya puede explicar el verdadero sentido de la "lucha" del ejército alemán del Este: el "desesperado combate defensivo para mantener la autonomía como gran potencia del Tercer Reich, que, según la voluntad de los aliados, debía ser destrozada. El ejército del Este ofrecía un muro de protección a una zona de asentamientos alemanes con siglos de antigüedad, a la patria de millones de personas que vivían en una región nuclear del Imperio Alemán". La dramática expo-

sición concluye con una interpretación desiderativa del 8 de mayo de 1945: cuarenta años después, la cuestión de una "reconstrucción del centro europeo destruido... sigue estando tan abierta como entonces, cuando los contemporáneos fueron testigos, como involucrados o víctimas, de la catástrofe del Este alemán". La moraleja de la historia resulta evidente: hoy por lo menos funciona la alianza.

En la segunda parte, Hillburger se ocupa en 22 páginas de aquel aspecto de los acontecimientos que había relegado de los "trágicos" sucesos heroicos. Ya el subtítulo del libro señala una nueva perspectiva. Frente a la "destrucción del Imperio Alemán", evocada en la retórica de los folletines de guerra (y que aparentemente tan sólo tuvo lugar en el "Frente Oriental"), sitúa el escueto registro del "fin del judaísmo europeo". La "destrucción" exige un adversario agresivo mientras que un "fin" se produce por sí mismo. Mientras en el primer caso encontrábamos "la aniquilación de ejércitos enteros junto al valor de las víctimas individuales", en el segundo, habla de la "organizaciones estacionarias, sucesoras" de las brigadas de combate. Mientras en el primero "algunos desconocidos se superaron a sí mismos ante la catástrofe que se avecinaba", en el segundo, las cámaras de gas se parafrasean como "medios más efectivos" de liquidación. Hace, pues, uso, en el primer caso, de los clichés –sin revisar, sin madurar– de la jerga de su juventud, mientras emplea, en el segundo caso, el lenguaje frío del burócrata. El historiador no sólo modifica la perspectiva de la exposición. Ahora se trata de demostrar que "el asesinato de los judíos fue una consecuencia exclusiva de la radical doctrina racial".

Stürmer se interesa por la cuestión de "en qué medida se trató de una guerra de Hitler y en cuál de una guerra de los alemanes", y plantea la pregunta análoga con respecto al exterminio de los judíos. Reflexiona hipotéticamente sobre cómo habría sido la vida de los judíos, si en 1933 hubieran llegado al poder no los nazis, sino los nacionalistas alemanes y los Cascos de Acero. Las Leyes de Núremberg se habrían aprobado igualmente, tal como el resto de medidas que "impusieron una conciencia especial" a los judíos hasta 1938, ya que éstas "coincidían con la forma de sentir de una gran parte de la sociedad". Pero Hillgruber duda de que ya entre 1938 y 1941 *todos* los órganos funcionales contemplaran la política de emigración forzada como la mejor solución a la cuestión judía. Después de todo, hasta entonces dos terceras partes de los judíos alemanes "habían logrado salir al extranjero". En lo que finalmente atañe a la solución final a partir de 1941, habría sido únicamente Hitler quien la tenía en mente desde el principio. Hitler deseaba la eliminación física de todos los judíos "porque tan sólo mediante una 'revolución racial' de este tipo se podía garantizar permanencia a la anhelada posición como potencia mundial de su imperio". Como el último verbo no está expresado en condicional, no se sabe si el historiador también en este caso se apropia de la perspectiva de los implicados.

En cualquier caso, Hillgruber distingue claramente entre la operación de eutanasia, de la que fueron víctimas 100 mil enfermos mentales, y el exterminio de los judíos propiamente dicho. Ante el telón de fondo de una genética humana asociada a un darwinismo social, el asesinato de la "vida indigna de ser vivida" encontraba una amplia aquiescencia entre la población. Hitler, por

el contrario, estaba aislado con su idea de la "solución final", incluso en el más estrecho círculo del poder, "incluyendo a Göring, Himmler y Heydrich". Después de identificar a Hitler como el único responsable de la idea y de la decisión, falta ya sólo una explicación, también del hecho terrible de que –según acepta el propio Hillgruber– la gran masa de la población se calló la boca.

Naturalmente, el objetivo de esta laboriosa revisión correría peligro si al final este fenómeno tuviera además que ser sometido a un juicio moral. Por ello, el historiador, que procede de forma narrativa y no tiene en la menor estima los intentos de explicación sociológicos, se desvía en este punto hacia el ámbito antropológico general. A sus ojos, "la aceptación de los atroces sucesos por parte de la población, que cuando menos los presentía vagamente... va más allá de la singularidad histórica de los acontecimientos". Firmemente adscrito a la tradición de los mandarines alemanes, lo que más aterra a Hillgruber es la alta proporción de intelectuales implicados, como si no hubiera también explicaciones plausibles de este hecho. En pocas palabras: el que una población civilizada permita que se desate la barbarie constituye un fenómeno que Hillgruber excluye de la competencia del historiador –que no da para tanto– y lo relega sin compromiso a la dimensión de lo humano universal.

III.

El colega de Hillgruber, Klaus Hildebrandt, de Bonn, recomienda en la revista *Historische Zeitschrift* (vol.

242. 1986, 465 s.) un trabajo de Ernst Nolte, calificándolo de "indispensable", porque tiene el mérito de despojar a la historia del "Tercer Reich" de su "aparente singularidad", integrando, en términos históricos, la "capacidad de exterminio de la ideología y el régimen" en la evolución general del totalitarismo. Nolte, que ya había recibido cierto reconocimiento con su libro *El fascismo en su época* (1963), en efecto, está hecho de una madera distinta a la de Hillgruber.

En su artículo "Entre el mito y el revisionismo" justifica hoy la necesidad de una revisión aduciendo que la historia del "Tercer Reich" ha sido escrita en su mayor parte por los vencedores, que han hecho de ella un "mito negativo". Para ilustrarlo, Nolte nos invita al refinado experimento mental de figurarnos una vez la imagen de Israel con una OLP vencedora *después* de la total aniquilación de Israel: "Entonces, durante décadas, probablemente durante siglos, nadie se atrevería a reducir los conmovedores orígenes del sionismo al espíritu de resistencia contra el antisemitismo europeo." En su opinión, ni siquiera la teoría del totalitarismo de los años cincuenta habría ofrecido una nueva perspectiva, tan sólo habría aportado la inclusión de la Unión Soviética en el "campo negativo". Un concepto que se opone a tal grado al Estado constitucional democrático aún no le basta a Nolte; lo que le interesa es la dialéctica de las amenazas recíprocas de aniquilación. Mucho tiempo antes de Auschwitz, dice, Hitler ya tenía buenas razones para estar convencido de que el enemigo también quería destruirlo a él; "annihilate" es la expresión que usa en el original inglés. Como prueba señala la "declaración de guerra" que Chaim Weizmann entregó en

septiembre de 1939 al Congreso Mundial Judío, *facultando* así a Hitler a tratar a los judíos alemanes como prisioneros de guerra... y a deportarlos. Ya hace unas cuantas semanas habíamos podido leer en el semanario DIE ZEIT (eso sí, sin mencionar nombres) que a Nolte le sirvió este descocado argumento, a la hora de la cena, a un invitado judío, su colega Saul Friedländer de Tel Aviv; ahora lo leo sin rodeos.

Nolte no es el tipo de narrador afable y conservador que se debate con el "problema de identificación". Resuelve el dilema de Stürmer entre la dotación de sentido y la ciencia con inexorable resolución, eligiendo como punto de referencia de sus exposiciones el terror del régimen de Pol Pot en Camboya. A partir de ahí construye una prehistoria que pasa por el "Gulag", las expulsiones de los kulakos decretadas por Stalin y la revolución bolchevique, llegando hasta Babeuf, los primeros socialistas y las reformas agrarias en la Inglaterra de principios del siglo XIX: una trayectoria de rebelión contra la modernización social y cultural, impulsada por el anhelo ilusorio de reinstaurar un mundo abarcable y autárquico. En este contexto de horrores el exterminio de los judíos aparece ya tan sólo como el deplorable resultado de la comprensible reacción a lo que Hitler debía sentir como una amenaza de aniquilación: "El llamado exterminio de los judíos durante el Tercer Reich fue una reacción o una copia deformada, pero no un acontecimiento inédito ni singular."

En otro ensayo, Nolte se esfuerza por explicarnos el trasfondo filosófico de su "Trilogía sobre la historia de las ideologías modernas". Esta obra no es lo que está en discusión aquí; de lo que Nolte, discípulo de Heidegger, de-

nomina su "historiografía filosófica" me interesa exclusivamente el aspecto "filosófico".

A principios de los años cincuenta se produjo una polémica en la filosofía antropológica sobre la interrelación de la "apertura al mundo" y el "arraigo en el entorno" del ser humano, una discusión que protagonizaron A. Gehlen, H. Plessner, K. Lorenz y E. Rothacker. Me he acordado de ella por el peculiar uso que hace Nolte del concepto heideggeriano de "trascendencia". Con esta expresión viene trasladando desde 1963 al ámbito de lo antropológico-original el gran punto de inflexión, el acontecimiento histórico de la ruptura con el mundo tradicional en la transición a la modernidad. En esta dimensión profunda, en la que todos los gatos son pardos, solicita comprensión hacia los impulsos antimodernistas que se dirigen contra "la afirmación sin reparos de la trascendencia práctica". Nolte entiende por esto la "unidad" –según él ontológicamente fundada– "de la economía internacional, la técnica, la ciencia y la emancipación". Todo ello encaja a la perfección en el espíritu dominante, y en la miscelánea de cosmovisiones californianas que florecen a partir de él. Insultante resulta su indiferenciación que, desde esta perspectiva, hace "figuras afines a Marx y Maurras, a Engels y Hitler, pese a destacar sus contrastes". Tan sólo cuando el marxismo y el fascismo se muestren por igual como intentos de dar una respuesta "a las alarmantes realidades de la modernidad", se podrá distinguir limpiamente la verdadera intención del nacionalsocialismo de sus funestas prácticas: "la 'fechoría' no estaba incluida en la última intención, sino en la inculpación de todo un grupo humano que ya había sido gravemente afectado por el proceso de emancipación de la sociedad

liberal, a tal grado que se había declarado él mismo, a través de importantes representantes, en peligro de muerte."

Ahora bien, uno podría dejar en paz la estrafalaria filosofía de fondo de una mente notablemente excéntrica, si no fuera porque ciertos historiadores neoconservadores se han sentido impelidos a servirse precisamente de esta variante del revisionismo.

Como una contribución a las "Discusiones en el Römerberg" del presente año –que trataron también el tema del "pasado que se niega a pasar", con ponencias de Hans y Wolfgang Mommsen–, el suplemento del diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ) del 6 de junio de 1986 nos ha deparado un artículo militante de Ernst Nolte... por cierto, con un pretexto hipócrita (esto lo digo porque conozco la correspondencia que Nolte –supuestamente desinvitado– sostuvo con los organizadores). También Stürmer aprovechó la ocasión para solidarizarse con el ensayo periodístico en el que Nolte reduce la singularidad del exterminio de los judíos al "procedimiento técnico del gaseado" y sustenta su tesis de que el Archipiélago Gulag es más "originario" que Auschwitz con un ejemplo más bien abstruso de la guerra civil rusa. Todo lo que el autor es capaz de entresacar de la película "Shoa", de Lanzmann, es "que también los escuadrones de la SS en los campos de exterminio podrían haber sido víctimas a su modo, y que, por otra parte, entre las víctimas polacas del nacionalsocialismo también había virulentos antisemitas". Estos ejemplos repulsivos muestran que Nolte supera con mucho a un Fassbinder. Si el FAZ se opuso con razón a la representación en Frankfurt de la obra de teatro de Fassbinder, ¿por qué nos sale ahora con esto?

Para mí la única explicación es que Nolte no sólo sortea de una manera más elegante que otros el dilema entre la dotación de sentido y la ciencia, sino que tiene en la manga la solución a otro dilema. Stürmer describe este segundo dilema con la frase: "En la realidad de la Alemania dividida los alemanes tienen que encontrar su identidad, una identidad que ya no se puede basar en el Estado nacional, pero que tampoco puede existir sin nación." Los planificadores ideológicos pretenden crear un consenso sobre la restauración de la conciencia nacional, pero al mismo tiempo tienen que desterrar la imagen de naciones enemigas del ámbito de la OTAN. La teoría de Nolte ofrece muchas ventajas a esta manipulación. Mata dos pájaros de un tiro: los crímenes de los nazis pierden su singularidad al hacerse cuando menos comprensibles como respuesta a las (aún existentes) amenazas de aniquilación por parte de los bolcheviques. Auschwitz se encoge a las dimensiones de una innovación técnica y se explica a partir de la amenaza "asiática" de un enemigo que sigue estando a la puerta.

IV.

Cuando uno echa un vistazo a la composición de las comisiones encargadas de organizar los museos previstos por el Gobierno federal –el Museo de Historia Alemana en Berlín y la Casa de la Historia de la República Federal en Bonn–, no puede uno sustraerse a la impresión de que se proponen reflejar también ideas del nuevo revisionismo tanto en las exposiciones como en los obje-

tos expuestos con fines pedagógicos populares. Es cierto que los dictámenes presentados muestran un rostro pluralista, pero lo que ocurre con los nuevos museos no será muy distinto de lo que pasa en los nuevos institutos Max Planck: los memorándum programáticos que suelen anteceder a una nueva fundación posteriormente ya no tienen mucho que ver con lo que hacen de ellos los directores designados. Esto también lo barrunta Jürgen Kocka, el miembro liberal de coartada en la comisión de expertos en Berlín: "Al final lo decisivo serán las personas que tomen la cuestión en sus manos... también en este caso Satán se agazapa donde menos se lo espera."

Ahora bien: ¿quién habría de oponerse a los esfuerzos respetables por fortalecer la conciencia histórica de la población de la República Federal Alemana? También hay buenas razones para distanciarse en términos históricos de un pasado que se niega a pasar. Martin Broszat las ha expuesto de forma convincente. Los contextos complejos que se desenvuelven entre la criminalidad y la ambigua normalidad de la vida cotidiana nacionalsocialista, entre la destrucción y la vitalidad de la capacidad productiva, entre la devastadora perspectiva del sistema y la óptica sobre el terreno, discretamente ambivalente, podrían soportar sin problemas una puesta en presente sana y objetivadora.

La apropiación mezquinamente pedagógica de nuestros padres y abuelos de un pasado que han moralizado sin reflexión estaría entonces en condiciones de ceder el sitio a una comprensión distanciada. La cuidadosa diferenciación entre la comprensión y la condena de un pasado perturbador podría ayudar a disolver la parálisis hipnótica reinante. Sólo que esta forma de historización

ya no se podría derivar del impulso de *despojarse* de las hipotecas de un pasado alegremente liberado de la moral, como lo hace el revisionismo de un Nolte o un Hillgruber, que nos recomiendan Hildebrand y Stürmer. No pretendo atribuirle a nadie malas intenciones. Existe un criterio muy simple que desata polémicas: unos parten de que la labor de la comprensión distanciada libera la energía de un recuerdo reflexivo, ampliando así el margen de maniobra para enfrentar con autonomía las tradiciones ambivalentes; los otros quisieran servirse de una historia revisionista para amueblar con historia patria una identidad convencional.

Quizá esta manera de formularlo aún no sea lo suficientemente clara. Quien tenga como objetivo la restauración de una identidad que arraigue orgánicamente en una conciencia nacional, quien se deje guiar por los imperativos funcionales de lo previsible, de la creación de consensos, de la integración social a través de una dotación de sentido, tendrá que temer el efecto edificante de la historiografía y rechazar el virulento pluralismo en las interpretaciones de la historia. No creo que uno sea injusto con Michael Stürmer, si entiende su editorial en este sentido: "Al contemplar a los alemanes *vis-à-vis* de su historia, nuestros vecinos se plantean la pregunta de a dónde se dirige todo esto. La República Federal es un elemento central en el arco europeo de defensa del sistema atlántico. Pero ahora se está mostrando que cada una de las generaciones que viven actualmente en Alemania lleva consigo imágenes muy diversas, incluso contradictorias, del pasado y el futuro... La busca de la historia perdida no es un fin educativo abstracto: es moralmente legítima y políticamen-

te necesaria. Y es que se trata de la continuidad interna de la República alemana y de su predecibilidad en política exterior". Stürmer aboga por una concepción *unificada* de la historia que, en sustitución de los poderes de la fe que se han recluido en la vida privada, pueda garantizar una identidad y la integración social.

La conciencia histórica como suplente de la religión... ¿No se le exigirá demasiado a la historiografía con este viejo sueño del historicismo? Sin lugar a dudas, los historiadores alemanes pueden jactarse de la tradición de su gremio como auténtico sostén del Estado. Recientemente Hans-Ulrich Wehler nos recordaba una vez más su aportación ideológica para la estabilización del pequeño Reich alemán y el aislamiento interno de los "enemigos del Reich". Hasta finales de los años cincuenta de nuestro siglo dominó la mentalidad que se fue formando desde el fracaso de la revolución de 1848/49 y la derrota de la historiografía liberal al estilo de Gervinus: "Casi durante cien años no se pudo encontrar liberales, historiadores ilustrados, más que en casos aislados o en pequeños grupos marginales. El pensamiento y la argumentación de la mayor parte del gremio era nacionalista del Reich y estaba alentada por la conciencia del Estado y una política del poder". El hecho de que, después de 1945 –o en cualquier caso con la generación de historiadores jóvenes que se formaron después de 1945–, se impusiera no sólo un nuevo espíritu, sino también un pluralismo de lecturas y enfoques metódicos, no es en modo alguno un mero accidente que se pudiera simplemente reparar. Antes bien, la vieja mentalidad era la expresión especializada de una conciencia de mandarines que, por buenas razones, no sobrevivió a la era na-

cionalsocialista; debido a su impotencia evidente o incluso a su complicidad con los nazis, su insustancialidad quedó desenmascarada ante los ojos de todos. Este impulso reflexivo, forzado por la historia, no sólo afectó a las premisas ideológicas de la historiografía alemana; también reforzó la conciencia metódica de la dependencia contextual de *toda* historiografía.

Es, sin embargo, un malentendido de esta evidencia hermenéutica el que los revisionistas de la actualidad estimen que pueden iluminar el presente con reflectores de prehistorias reconstruidas a placer, para seleccionar entre las opciones posibles un cuadro histórico adecuado a sus deseos. La reforzada conciencia metódica significa más bien el fin de toda imagen de la historia cerrada o decretada por los historiadores gubernamentales. El inevitable pluralismo de lecturas –que en modo alguno es descontrolado, sino que aspira a la transparencia– tan sólo refleja la estructura de una sociedad abierta. Ofrece por vez primera la ocasión de poner a las claras las propias tradiciones formadoras de identidad en su entera ambivalencia. Y ello es justamente indispensable para apropiarse en forma crítica de las tradiciones polisémicas, es decir, para constituir una conciencia histórica que es ya incompatible tanto con concepciones de la historia cerradas y "orgánicas" como con cualquier expresión de una identidad convencional, es decir, *compartida* unánime y prerreflexivamente.

Lo que hoy se lamenta como "pérdida de la historia" no sólo incluye el aspecto del ocultar y el reprimir, no sólo el de una fijación con un pasado comprometido que se ha atascado por ello. Si entre los jóvenes los símbolos nacionales han perdido su fuerza emblemáti-

ca; si la identificación ingenua con los propios orígenes ha cedido el paso a una aproximación tentativa a la historia; si las discontinuidades se perciben como más poderosas y las continuidades no se celebran a toda costa; si el orgullo nacional y el sentimiento colectivo de autoestima se pasan por el filtro de sistemas de valores universalistas; si todo ello es así, esto significa que se multiplican los signos de que se está formando una identidad posconvencional. Desde Allensbach estos signos se reciben con los más oscuros augurios de Casandra; y si no lograran tener éxito, cuando menos revelan una cosa: que las oportunidades que también pudo ofrecernos el desastre moral no se han desperdiciado del todo.

La apertura sin cortapisas de la República Federal Alemana a la cultura política de Occidente es el mayor logro intelectual de nuestra posguerra, el mayor orgullo de mi generación. El resultado no consigue contrabalancearse mediante una filosofía que tolera a la OTAN, pero se tiñe de nacionalismo alemán. Aquella apertura se consumó precisamente superando la ideología del "centro" que nuestros revisionistas pretenden recalentar con su tamtan geopolítico, reclamando "la antigua posición central de Alemania en Europa" (Stürmer) y "la reconstrucción del centro de Europa destruido" (Hillgruber). El único patriotismo que no nos aleja de Occidente es hoy por hoy el patriotismo constitucional. El apego, arraigado en convicciones, a los principios constitucionales universales lamentablemente no pudo formarse en la nación cultural de los alemanes hasta después –y a través– de Auschwitz. Quien nos quiera despojar del bochorno por ese acontecimiento con fórmulas huecas como la "obsesión por la culpa" (Stürmer y Oppenheimer), quien pro-

cure retrotraer a los alemanes a una forma convencional de identidad, está destruyendo la única base sólida de nuestros lazos con Occidente.

Fuente: DIE ZEIT, 11 de julio de 1986

Este libro reúne por vez primera los textos más relevantes de la disputa entre los historiadores acerca de la singularidad del Holocausto y el papel que desempeña en la interpretación de la la historia de Alemania después de 1945, lo cual fue un importante debate intelectual y político que se llevó a cabo en la antigua República de Alemania, entre 1986 y 1987. El origen directo de la controversia fue la publicación de un artículo en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* bajo el título *Die Vergangenheit, die nicht vergehen will* (El pasado que se niega a pasar. Un discurso que fue escrito, pero nunca pudo ser pronunciado) del historiador Ernst Nolte. Ahí, el autor describe el Holocausto como una reacción de los nacionalsocialistas a los crímenes y exterminios previos de Stalin en la Unión Soviética, e incluso señala que el totalitarismo fue producto de la barbarie asiática introducida en Europa. Jürgen Habermas se opuso enérgicamente a esta tesis y la llamó "revisionismo" que, según él, debería renovar la conciencia nacional después de haberse liberado de un pasado tan desmoralizador.

Desde la historiografía conservadora alemana se había creado la imagen de la historia de Alemania en la que no había lugar para el nacionalsocialismo, el cual era considerado como un producto de criminales. Se mantenía la tesis de que el III Reich alemán había llevado a cabo una poltítica militarista que provocó la Primera Guerra Mundial de 1914-18. En esta misma línea se observaba que el nacionalsocialismo era tan sólo una consecuencia inevitable de tal política.

Uno de los frutos más importantes de estas reflexiones políticas, historiográficas y filosóficas fue la expresión de Habermas "uso público de la Historia".

Publicamos en este pequeño volumen, también, un ensayo sorprendente de Thomas Mann que escribió mientras estaba exiliado en California y en Suiza, entre la primavera de 1938 y 1939, y que se publicó por primera ocasión con el título en inglés *That man is my brother*. Ahí quería que el mundo viera al político Hitler como un artista fracasado. Thomas Mann lo devela como artista mediocre que se convierte en criminal por su falta de creatividad...

ISBN: 978-607-7727-20-0

9 786077 727200

Herder

www.herder.com.mx